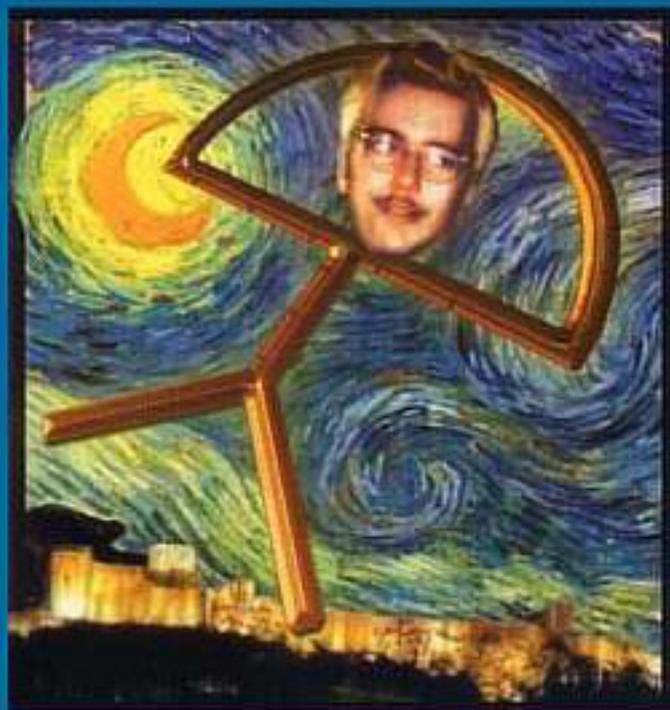


El Americano de Almería



Erik Waldenstone

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES

Narrativa

C
o
l
e
c
t
i
o
n
e
s
d
e
e
s
t
u
d
i
o
s
a
l
m
e
r
i
e
n
s
e
s

El americano de Almería

por Kirk W. Wangensteen
el verdadero nombre de Erik

A Nena, mi madre,
la más verdadera de todas.

Agradecimientos:

Quiero dar las gracias de manera muy especial al Doctor Miguel Gallego Roca y al Doctor Jesús Isaías (*Joyce*) Gómez López, profesores de literatura de la de la Universidad de Almería, por su incalculable ayuda. También a Marián Guerrero Langa por su labor correctora; a mi esposa, Harley White, por sus valiosísimos consejos y su paciencia; y finalmente a mi familia toda, que graciosamente dio su visto bueno a que la obra viera la luz.

Y no podría cerrar este apartado sin expresar mi más sincera gratitud al Instituto de Estudios Almerienses por ofrecerse a publicarla.

“Pan”

Soy un alma pagana. Adoro al dios bifronte
y persigo a las ninfas por las verdes florestas;
y me gusta embriagarme, en mis líricas fiestas,
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el horizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que al son del sistro las ninfas dancen, expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo...! Yo sigo la armonía
de tus pies cuando danzas... Por ti amo la alegría
y a las desnudas ninfas persigo por el prado.

Tus alegres canciones disipan mi tristeza;
y la flauta de caña que tañes me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna belleza.

Francisco Villaespesa

(Laujar, Almería 1877 - Madrid 1936).

Del libro: *El alto de los bohemios*.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Prólogo. i - vi

PRIMERA PARTE: ¡Cámaras, acción... se rueda!

Capítulo 1. *Minnesota: El joven y el abuelo.* p. 2

Capítulo 2. *Cataluña.* p. 17

Capítulo 3. *Hacia Almería.* p. 31

Capítulo 4. *Almería 1: La Ciudad Jardín.* p. 38

SEGUNDA PARTE: Y seguimos rodando

Capítulo 5. *Almería 2: Las Cuevas Duimovich.* p. 49

Capítulo 6. *A Bombay con el guirigay.* p. 64

Capítulo 7. *La India.* p. 72

Capítulo 8. *Italia.* p. 91

TERCERA PARTE: El embrollo

Capítulo 9. *Almería 3: Escaqueos y escarceos.* p. 99

Capítulo 10. *Almería 4: El americano va de pesca.* p. 114

Capítulo 11. *Almería 5: Arrullos, gansadas y perrerías.* p. 125

Capítulo 12. *Almería 6: Tabernas y disparates.* p. 143

CUARTA PARTE: El desenlace

Capítulo 13. *Almería 7: Tormentas y tormentos.* p. 161

Capítulo 14. *El Oriente.* p. 176

Capítulo 15. *Almería 8: El crepúsculo.* p. 182

Capítulo 16. *Postrimerías.* p. 190

PRÓLOGO

Esta es la novela, que no biografía, de un hombre: mi padre, quien fue también —por qué no decirlo— mi madre, cuando no hubo más remedio.

Es novela por muchas razones, aunque su sustancia sea bio- (y autobio-) gráfica y su propósito también, a fin de cuentas. Primero porque el narrador no está en absoluto en condiciones de relatar quién fue el protagonista, sino sólo de apuntar retazos de recuerdos reales o aparentes de lo que pasó. Mi punto de vista es tan parco, parcial y subjetivo que cualquier otra mano, la de alguno de mis hermanos y hermanas, la de María, la del estudioso biógrafo, y no digamos la de Gus, el benjamín de la familia, habría producido otra novela bien distinta, aun siendo a todas luces idéntica la materia prima, *the raw material*.

No es su biografía porque difícilmente cabrían en este librito los cincuenta y nueve años que duró su vida. Grandísimos y, a no dudar, suculentos bocados de esa vida faltan aquí, pues simplemente los desconozco, y aunque sé que andarán pululando en los recuerdos de los muchos —o pocos— que entraron en contacto con él, no he querido enfrascarme en arduas indagaciones al respecto, ni lo he considerado procedente. Me he conformado con hacer revivir mis propias reminiscencias, por pobres e inconexas que éstas sean. Quede para otra ocasión y otros métodos el rellenar los muchos huecos, o mejor, caigan en digno olvido. Si mi familia me acusa de no saber “de la misa la mitad”, así es la verdad; pero qué le voy a hacer: de tal palo tal astillita medio carcomida.

Tampoco fue mi padre un Shakespeare, un Einstein o un Napoleón, que digamos, para merecer un tomo de mil páginas, ¡ni mucho menos! Fue simplemente un hombre

interesante, cuyas vida y andanzas pudieran quizás servir de solaz y contento —o de aviso— a algún lector aficionado a vidas inusuales.

Y digo además que me limito a contar algunas de las cosas que hizo, y no el porqué, ni cómo pensaba cuando las hacía, pues en los años en que lo tuve cerca, ni mi corta edad ni mi pobre entendimiento me permitían aspirar ni remotamente a atisbar sus intenciones, sus intimidades, sus pasiones. Ni me incumbían, en definitiva.

Es en fin novela por una circunstancia paradójica: su contenido. En una novela esperamos hallar aventuras. No así, o menos, o apenas, en la vida cotidiana. Pero después pasa lo que pasa, que la realidad en ocasiones resulta más insólita que la ficción.

No soy niño ya, pero no por eso me he permitido ser justo juez... ni fiscal ni verdugo. Abogado defensor, tampoco. He relatado las experiencias tratando al máximo de presentarlas con imparcialidad. No es la presente una alabanza al padre, ni tampoco una crítica en la que le cargue con el peso de mis faltas propias, acusándole de mal progenitor. Como se verá, yo no creo que lo fuera. Se puede sugerir —a modo de hipótesis de trabajo— que hizo más mal que bien a los que le rodearon. Sin embargo yo de veras que lo quería y lo quiero, y no soy el único, os lo juro. Diré de él lo que suele —no sin sabiduría— decirse: Hizo lo mejor que pudo. Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra; y si cometió locuras acaso fue porque estuviera loco.

Pido que en ningún momento se tache a esta novelita de estudio psicológico. Nada más lejos de mi intención. Me ha salido de un tirón tal y cual se me iban las impresiones del cerebro a la mano, de sopetón y con una facilidad espantosa. Verdad es que antecedieron años de propósito y de fermentación, pero el resultado final es bien diverso a cualquier elucubración previa. Del dicho al hecho hay un trecho y una vez lanzado, tanto mejor y más feliz. No soy psicólogo ni quito ni pongo rey. Dios me perdone si algo psicológico, más allá de lo que se esperaría en cualquier narrativa novelística, se me escapó de la pluma al relatar los acontecimientos. Quien quiera convertir el libro, según su propio y personal modelo

psicológico, en un monumento de tal índole, allá él... con su pan se lo coma, y que lo cojan confesado.

Si alguien me preguntara cuál fue, en mi opinión, el mayor defecto —o virtud— del americano de Almería, diría que no fue nunca capaz de decidir, o de identificar, lo que de verdad quería, o, como apuntaron sobre Hamlet, que era un hombre *who could not make up his mind*. El lema que más le pegaría sería ese, tan andaluz, de “que me quiten lo bailao”.

Gran admirador de Hemingway, mil veces quiso escribir, y escribió, autobiográficamente. Yo leí cosas tales suyas años ha: Páginas y páginas que luego acababan en baúles anegados de agua; páginas arrumbadas, enmohecidas, apolilladas (roídas más bien), y arrojadas a la basura.

Al final de su vida, en la década de los ochenta, escribió dos obras: *The Eyewash Outlook* y *On the Holy Goes*, inéditas y probablemente impublicables en su estado virginal, sin decodificar. Abigarradas, altamente conceptistas, sádico-satíricas filosofías de la vida y el mundo. Profundas páginas, geniales a menudo, y graciosas, pero de infranqueable lectura. Él ya no era plenamente de este mundo.

Pienso que este último legado suyo *era* su autobiografía, pero escrita de forma tal que con tanta metafísica —y ‘mata’ física— se le olvidó incluirse en ella. O, puede ser, que ya no se conociera a sí mismo, que su YO hubiera dejado de existir como entidad descifrable por su ingenio. También es posible que las claves sólo las tuviera él y con él se fueran a la tumba.

Decidí pues escribir su vida por él, ya que él siempre quiso que quedara plasmada por alguna razón, y estoy de acuerdo con él en que ha valido la pena y el esfuerzo. Y no me ha resultado, como dije antes, nada penoso, sino todo lo contrario.

Comienzo cada capítulo con fragmentos extractados y traducidos de sus dos obras póstumas. He optado por dejar fuera la versión inglesa original siempre que no fuera imprescindible, pues podría resultar farragosa su inclusión en este libro dirigido a un público

de habla castellana. Me he esforzado en traducir sus textos con la máxima fidelidad hacia el original, y, sin embargo, sólo un reflejo, una pobre sugerencia, llegará nunca a transmitirse de los mismos. En su acumulación de polisemias audaces y descaradas, de retruécanos, y de rarezas afines —acaso por lo sumamente bien que el inglés se presta a ello—, émulas se muestran de un Góngora estas dos obras, o de un Quevedo. Con sulfúrico sarcasmo exclama la voz del prologuista en la ópera prima de O. G. Waldenstone: *Happy translations!*

Tampoco ayuda a su comprensión la gravosa disección y extirpación de los fragmentos a incluir en la presente novela mía que me he visto obligado a ejecutar. Más que sacar las palabras de contexto, las he sacado de galaxia... y también, quizá, de quicio, si es que lo tenía, pues aquellos goznes duros son de ver.

Me dice, en fin, el primer crítico fundamentado que ha leído *El americano de Almería*, que éste ganaría en interés si los textos paternos acordaran más con las vivencias y andaduras que se relatan. ¡Y no lo sé yo bien! Mas eso sería pedir peras al olmo o a las fuentes del camino, vino.

Sigue a sus “engendros” una parcelita, o capítulo, o como gustaba de llamarlo a C. J. Cela, *un tranco*, de su vida. Ojalá os aproveche, aunque moraleja, moraleja, no la hay, ni nueva ni vieja.

— — —

En bien del lector, de cuya paciencia nunca conviene ni es lícito abusar, me veo en la obligación de anticipar algunos brevísimos vislumbres de los conceptos básicos que — barrunto— contiene la obra de mi progenitor, clarificándolas. Sólo unas palabrillas, pues este libro al fin y al cabo es el mío, no el suyo. Además, no quiero complicarme la su existencia, que ya él lo hizo oportunamente con creces y sin reparar en derroches.

Su idea central es que todo ser viviente está dotado de un *Eyewash*, que traduzco, tomando en consideración los diferentes juegos conceptuales y fonéticos en que entra, por *Yolirio*. El autor nos ofrece una visión epistemológica del yo y mis circunstancias que trata

de limpiar la mente de preceptos erróneos; por ende el *yolirio* es un colirio o “lavativa de ojos”, *yolirio* que a su vez es un ente que progresa, *vive*, a base de “abrir los ojos”, superando obstáculos y tomando nota de sus tropezones. También es, en sus propias palabras, un delirio o una tontería aleatoria y juguetona, (en íntima relación está *hogwash* = tonterías, basura); y contiene, claro, el “yo” fonético (*I wash* = yo lavo). Querría yo que él no estuviese totalmente insatisfecho de tal rendición. Seguro que diría que no le cojo la esencia, el intrínquilis; pero eso lo diría de todas formas... tan impenable como que el pepinillo en vinagre nunca retornará a su condición primigenia de pepino fresco de la mata.

El *yolirio* es una individualidad autogobernable, terriblemente curiosa, que se equivoca en su andar experimentando nueve de cada diez veces y así es como disfruta, y a veces aprende. El *yolirio* informa, *es*, cada ser vivo. *Vive en y con* la materia, y no puede existir fuera de ella; o sea, que sólo tenemos el aquí y el ahora y el proceso, nada de transmutaciones metafísicas, el alma o espíritu o *atman* o alguna patraña parecida yendo al cielo (o peor), ni buscando un nirvana fuera de las coordenadas de espacio, tiempo y materia. Tampoco es el *yolirio materia*, sino todo lo contrario: es “cosa” o sustancia mental, *mind stuff*. Esta entidad mental está presente, como apuntaba, hasta en la más insignificante ameba, cuyos actos no se pueden reducir a pura química y/o tropismo, sino que ha de haber una *intención*, por muy simple (desde nuestra perspectiva) que sea. Ataca el pensador por igual a deístas y a materialistas, los cuales pretenden reducir al hombre a robots, controlados ya sea por Dios (o el diablo), o por la Madre Naturaleza y sus inexorables leyes. Ante todo el *yolirio* es libre e individual, a pesar de los condicionamientos genéticos, culturales y religiosos. Respecto a lo imponderable resuelve no inmiscuirse. Ya habrá idiotas — asevera— que lo ponderen, y otros peores que les escuchen.

Para reforzar su tesis hace un recorrido por todo el saber de nuestro tiempo, comenzando por la microbiología, abordando luego la botánica y la zoología, y acabando por analizar y despotricar contra todos los clichés existentes acerca de las culturas del hombre y de su

historia.

Su metáfora favorita: el alcohol y los estados de embriaguez.

Si en un momento calificué su obra de filosófica y *metafísica*, pido perdón a los que me malentendieron. Metafísica aquí es igual a no —o no explicable por la— física y la ciencia oficial imperante; es decir, lo mental. Pero lo mental, con sus propias leyes, también merece y busca ser abordado por el ojo científico: y ahí está O. G. Waldenstone para asumir la tarea, en beneficio y para enriquecimiento de todos.

— — —

Una última nota, por si las moscas. Me han pedido que cambie algunos nombres, y casi sin objeción he ido y los he cambiado todos, también el mío, ¡hala! Así no tendré que aguantar quejas de nadie. También he omitido otros por discreción. Sin embargo mi conciencia me impide destronar y obliterar de todas todas al protagonista, cuyo nombre no es igual, pero sí similar al que aquí aparece, y por ende averiguable mediante una somera — y se ruega que discreta— labor de investigación. Esto lo hago, primero, porque adelanto escritos suyos, de su puño y letra, y él siempre presentó éstos a los editores *sin pseudónimo*, haciendo ver a las claras que deseaba que su obra se reconociera como suya: identidad y persona eran aspectos inseparables en mi padre; anular la primera significaría, pues, un demérito a su posteridad. Segundo, puesto que efectivamente es el primogénito de un eminente cirujano de rango mundial, ponerme ahora a desfigurar, mutilar desmesuradamente, el nombre del abuelo me parece, cuanto menos, una torpeza y una mentira a la historia. ¿Acaso debo también cambiar el nombre de Christian Barnard, el surafricano? Ya puestos, ¿por qué no titular la obra *El Ruso de Murcia*?

Nada me queda ya por agregar si no es decirles que deseo y espero que disfrutéis de la lectura de *El americano de Almería*.

Erik Waldenstone

PRIMERA PARTE:

¡Cámaras, acción... se rueda!

Capítulo 1. Minnesota: El joven y el abuelo

[TEXTOS I]

Cualquier carácter/personaje [*character*] que puedas encontrar en este libro es mío y lo perdí, las ideas también aunque no hay propósito de reflexión alguna. Probablemente tú podrías hacerlo mejor. Quiero decir que no se me debe ningún crédito. Para incrementar las ventas yo le daría el crédito a Dios o al Dr. Frankenstein pero las culpas son mías exclusivamente, habiéndolo hecho en mi pequeña máquina de escribir sin rezos, arrullos ni ayuda. Así que si algún lector supone o imagina que hay alguna conexión con la realidad o los acontecimientos reales, entonces sin duda merece encontrarse en algún agradable hogar de acogida como yo.

— — —

[Extractado de una “Nota al editor” escrita por nuestro protagonista para su libro *On the Holy Goes.*]

Sugiero estas líneas generales para mi biografía en el pliegue de la contraportada del libro: Fue mi padre, O. H., quien virtualmente originó por sí solo los trasplantes internos e incluso toda la cirugía extensiva actual. Véanse los *Quién es Quién* apropiados y el libro de Chris Barnard (su padre y su Dios), consultar a los cirujanos y en especial sus catálogos de hace diez años. A lo largo de mi juventud conocí íntimamente a los principales hombres de medicina. Osler (Nueva Orleans), Deans Diehl y Lyons, Fahr, Visscher, Morse, Watson (el behaviorista), Rossen, Paine, Varko y Baronovsky, y naturalmente Hermana Kenny y Hermano Chris (quien solía lavar el coche de papá), Pete Koltoff (caucho sintético), y Rierson. Fui una maravilla de niño prodigio y participé en muchas discusiones científicas del más alto nivel, actuando más bien de intérprete de mi padre pues él era un hombre con una mente muy suya. Interpolé resultados asombrosos que demostraron ser correctos. Pero esto es otro libro. Hasta cierto punto éste es el envés del cuadro. He omitido a Ackerman (raciones de C, y cosas de la polio) y a Bernie Bierman (Liga Mayor, fútbol

americano).

— — —

La hermana Kenny* frecuentó nuestra casa hasta que mi padre ya no lo pudo soportar, y entonces ella se puso a dirigir un hospital a un par de manzanas de distancia. El tratamiento que ella aplicaba en la época era el más eficaz y no operaba contra los virus, aunque es de presumir que los virus estaban ahí. —Y pretende dárselas de empirista —a lo mejor decía Papá, maravillado. Pensaba ella que estos virus que escapaban a los filtros, si es que existían siquiera, y poca era la evidencia disponible, podían ser un producto derivado; o al menos decía que eso creía, qué divertida que era. Quizá también estuviera él celoso, porque la prensa andaba siempre detrás de ella.

* Elizabeth Kenny (1886-1952), llamada “Hermana Kenny”. Enfermera australiana; desarrolló un tratamiento para la parálisis producida por la poliomielitis.

* * * * *

Nació Olin Griffin Waldenstone en Minneapolis, Minnesota, el 29 de noviembre del 1929, por los mismos días en que, debido al crac de Wall Street, algún que otro potentado optaba por la defenestración, arrojándose a aquellas aceras neoyorquinas supuestamente pavimentadas en oro. Así, sus comienzos estuvieron marcados por un terremoto social que recorrió el mundo.

Para los que siguen tales cosas diré que encajaba al dedillo con las caracterizaciones astrológicas oficialoides del Sagitario (obsesión por el dinero y el amor), y no me cuesta mucho imaginármelo centauro galopante, arco tensado, poderoso brazo apuntando al frente —siempre al frente— y gesto torvo de energúmeno. Tampoco me es difícil verlo haciendo honor a su nombre medio: Griffin, el grifo o grifón mitológico, cuerpo y garras de león, de águila la cabeza y las alas ... voladora y rapaz; habitante de los países Hiperbóreos, o según otros de la India, y celoso guardián de tesoros. Será que en esto de la paternidad —y fue él padre y madre para mí, existe una inexorable propensión a mitificar a aquella criatura que nos engendró y después dio luz.

Contemplo una fotografía de Olin de cuando tendría ocho años. Una buenísima foto, con su joven rostro en primer plano. Foto de profesional que sabe su oficio. Generalmente, cuando me encargan un retrato al óleo a partir de fotografías, me traen unas cuantas, los mejores de que disponen, a veces ampliadas. No falla: son siempre de cuerpo entero, o cortado por la cintura a lo sumo. El rostro, contorsionado por el sol, es del tamaño de la uña de mi pulgar. Pero ésta es diferente. Ojos clarísimos, sabios, con la serenidad del cielo o el mar en calma tras las lentes. Un niño brillante y sobrio, capaz de agarrar la vida por los cuernos, de afrontarlo todo. Blanca, suave su tez, la faz tirando a redonda, con un alma profundamente humana. Una cara, en fin, de Niño Jesús con gafas. No puedo contemplar

por mucho tiempo aquel trozo de papel en tonos grises, pues de él brota, para asombro y dolor míos, todo lo que llegaría a ser y hacer aquel niño retratado. Sé que es ridículo, que soy yo el que pone esas cosas en la foto, y no al revés; y sin embargo, no faltan los que creen a pies juntillas que un niño lleva escrito su destino desde la más tierna infancia.

Otro retazo de juventud. Es un breve poema dedicado a su padre. Edad, dieciséis años.
Helo aquí:

TO MY DAD

June sixteenth is Father's Day.

That calls for celebration

As we honor you in our own little way.

It's being done o'er all the nation.

There are many fathers, good and bad.

They're thin and fat, they're short and tall.

I've seen a lot, but I know I've had

The very best of all.

I've got a reason to be proud

On Father's Day this year.

My Dad can be in any crowd

And still be without peer.

How many times I've had a lapse

When you could "tan my hide".

And yet, I hope, sometime, perhaps,

You'll look at me with pride.

You never will regret, I know,

The love you've spent on me.

For "Ye shall reap the seeds ye sow".

And love can name its fee.

He intentado traducirlo, respetando más el espíritu que la letra:

A MI PAPÁ

El dieciséis de junio es del Padre el Día,
Eso requiere una celebración.
Como te honramos con esta nadería,
Se hace igual por toda la nación.

Padres a montones, buenos, malos, hay;
Flacos, gruesos, bajo uno, el otro alto.
Miles he visto, mas ninguno tan *guay*
Ni de taras ni fallos tan falto.

Motivo tengo de sumo orgullo
En el Día del Padre este año.
Pues no tienes par, entre barullo
Humano y gentío: amigo o extraño.

Cuántas veces, cometiendo yo un desliz
Pudiste, de azotainas, enderezarme.
Pero alguna vez (espero), que feliz
acaso y orgulloso quieras mirarme.

Tanto amor cual en mí derrochaste
Nunca resentirás, lo sé en mi interior,
Pues “la semilla segarás cual plantaste”
Y su precio puede nombrar el amor.

Al pie, el motivo y el año: En el Día del Padre, 1946.

Típico poema dedicatorio, poetizar típico de su edad. Ni decididamente malo, ni excelente. Diríase poema de un mozalbete cabal, algo por encima del montón, a quien le gusta leer y también escribir cosillas de rato en rato; y sin embargo, cuando me concentro en

esa penúltima estrofa... ¿No será por ventura la voz que clama en el desierto, exigiendo, implorando reconocimiento; que pide atención a este padre suyo, dedicado al mil por ciento a su profesión, a la llamada del deber, a su prestigio incluso? ¿Y no será acaso la última estrofa una advertencia, una solapada amenaza no exenta de sarcasmo, de futuros pesares al abuelo insensible; o por el contrario, lo acusa tal vez de ser tan frío que nunca será capaz de tener sentimientos de culpa? Al mismo tiempo presiento una auto-deprecación, en el sentido de que él como hijo no se siente realmente merecedor de ese “derroche” de amor.

El poema, como vemos, se ha conservado. Me lo dio la abuela hace algún tiempo. Algo de orgullo debió de provocar en el padre, el estimado señor doctor.

La calma justo antes de la tormenta.

Lo cual me lleva a otro tema: El abuelo.

El Dr. Olin Harley Waldenstone ocupa una densa media página del *Who's Who in America*, el espacio necesario para informarnos de la retahíla de honores concedidos al cirujano, desde Estocolmo a Tokio. No quiero extenderme en los logros del abuelo, sino sólo mencionarlos de pasada para el curioso, y también en cuanto que su influyente personalidad marcaría seriamente el futuro de su primogénito, la oveja negra de la familia.

El doctor recibía universalmente el apelativo de *The Chief* (El Jefe) en sus círculos profesionales, la Universidad de Medicina de Minneapolis, Facultad de Cirugía. Con este apodo se le conocía por doquier, incluyendo las revistas médicas. Entre sus inventos sobresalen dos, hoy en día superados por los avances tecnológicos, pero que en su tiempo salvaron incontables vidas. El primero fue el entonces renombrado e indispensable tubo de succión *Waldenstone*, con el que se vaciaba el estómago del paciente antes de echar mano al bisturí. El otro era un armatoste de máquina empleada para bajar drásticamente la temperatura de la zona abdominal, cuya función era, a lo que dicen, conseguir operaciones menos sanguinolentas. Actualmente, al parecer, las venas se cauterizan con otros métodos más refinados. Pero no me pregunten nada más, que en estas cosas estoy pez. Gracias.

El 50% de los hombres de negocios norteamericanos de los años cuarenta y cincuenta sufrían de úlcera, según cuentan, y no pocos acababan con un 10% de sus estómagos originales, tras caer en las garras de los del gremio del abuelo.

Uno de los más notorios hobbies del viejo, aunque no siempre lo fue, supongo, era provocar úlceras en los estómagos de sus perros de laboratorio, o hacerles polvo el corazón, para, en los sótanos del hospital, realizar operaciones abiertas en ellos. Poco le importaba que sonaran las alarmas en las salas de urgencias. Él estaba ocupado con sus perros.

Fue —cuenta mi padre— cofundador de la Clínica Mayo en Rochester, Minnesota, además de Gran Maestro y patrocinador, con fondos de Washington, de toda la primera generación de cirujanos a corazón abierto. Morrocotudo fue el berrinche que se llevó el presidente Johnson cuando le comunicaron, contritos y corridos, que el primer trasplante humano de corazón se acababa de realizar en Ciudad del Cabo (Sudáfrica), como todos sabemos, y no en USA. El acontecimiento se fraguó, naturalmente, en Minneapolis, con dólares de la Casa Blanca y bajo los auspicios de El Jefe. Y no sólo le facilitó a Barnard los medios para alcanzar sus metas profesionales; para que no le faltara calderilla en el bolsillo le dio trabajo limpiando sus coches y podando su jardín. Lo leí anoche en Internet.

Contaba mi padre, con mucho regusto y todo lujo de detalles, al más puro estilo “*gore*”, que tenían una cortijada en el campo —toda mi familia, por ambos costados, es oriunda de Noruega, tornados en granjeros de Minnesota, igualito, igualito, que en *La Casita de la Pradera*—, y que a esta granja llevaba el abuelo a sus estudiantes para impartirles instrucción práctica y mundología médica. Los metía en un granero muy tétrico y sin resquicios de luz, casi, donde tenía desplegados órganos y tripas de animales de todo género, así como uvas grandotas, duras y engrasadas, que hacían de ojos humanos... total, un macabro ejercicio de manoseo a oscuras para aquellos tiernos cirujanitos en ciernes encaminados a agarrar el escalpelo andando el tiempo, —Tocad este hígado tan blandito, esos riñones, aquel corazón rajado de arriba abajo—, etc. Recuerdos de una tierna infancia

son éstos, de mi papá.

El último logro significativo lo llevó a cabo a finales de los años setenta, un lustro y pico antes de su muerte. Fue la publicación de una historia de la cirugía de su mano, *The Rise of Surgery*, empresa que acometió con la incalculable ayuda de su segunda esposa, Sally. Nunca ha llegado ese libro a mis manos, y mira que se lo pedí repetidamente a la abuela, y supongo que es y será obra de peso por muchos años. Desde su tesis doctoral a esta obra hubo un increíblemente productivo trecho, y todos los que lo conocieron afirman que era el hombrecito un amasijo de nervios que nunca se estaba quieto. Del título de la tesis me enteré un buen día que andaba yo husmeando en los ficheros de la Biblioteca Bancroft de la Universidad de Berkeley, en California. Se titula *The Non-Descending Testicle*, lo cual dejo a traducir al lector según su propio estilo e inclinación. Por mi parte, siguiendo el ritmo del Miguel Hernández de *El rayo que no cesa*, aventuraría la siguiente: *El huevo que no cae*.

Olin Griffin fue el varón primogénito de tres hermanos, lo cual sin duda supuso una presión particularmente acuciante sobre una mente, aunque precozmente brillante, mente de chiquillo en definitiva, en que hubieron de caer como un maleficio la tiranía y las exigencias no sólo de los Waldenstone —amplio clan de desarraigados recientes de las tierras de labor y que empezaba a ocupar puestos principales en la medicina y la abogacía de Minneapolis— sino, para colmo, las del mismísimo patriarca de aquel clan, *The Chief*. Los Waldenstone, siguiendo una práctica muy americana, siguen reuniéndose una vez al año en algún pintoresco punto del país, donde se reanudan los lazos y son presentados “en sociedad” los nuevos Waldenstoncillos.

Acabó O. G. los estudios medios e hizo intentonas en varios *colleges*, con desprecio general por toda forma de inteligencia institucionalizada.

Puedo imaginar los cabreos que cogería *Herr Doctor* cuando su hijo decidió buscarse diversos trabajuchos aquí y allá a fin de costearse su propia variedad de vida rebelde, no poco disipada y nutrida de tempranas juergas y excesos. Ni siquiera se privó de probar a

robar coches como posible medio de subsistencia. ¡Con qué ahínco luchó el joven para apartarse de todo lo que oliera a orden, a acomodo, a Waldenstone!

Se casó con una muy hermosa rubia nórdica, mi madre, que contaba dieciséis años de edad. Marcháronse a California para tener el primer hijo y, de camino, librarse él de ser llamado a filas en plena guerra de Corea. Olin tuvo toda su vida horror a las guerras. En eso difería de raíz de Hemingway. Tampoco le acuso yo de cobarde por esto, pues la impronta de la Segunda Guerra Mundial debió quedar marcada fuertemente en su joven sensibilidad. Contaba que una tía carnal suya rechazó indignada a su novio por sentir miedo ante el inminente desembarco en una playa del Pacífico. Muchos de estos ya célebres desembarcos, como los de Guadalcanal o Iwo Jima, arrojaban la desalentadora cifra de un 90% de bajas entre los marines de las primeras lanchas en tocar tierra. El incomprendido, humillado y despechado novio perdió su vida, como no podía ser de otro modo, sobre aquellas nada pacíficas arenas, en defensa de su patria.

Cuando Kennedy puso en vilo al mundo con la cuestión de Cuba, mi padre lloró, en Almería, por sus dos hijos pubescentes.

Otra llantera algo tonta, de tono menor, fue la de mi hermano mayor. Me lleva quince meses de ventaja en este valle de lágrimas y se llama, a efectos del presente libro, Percy. Nació, como queda dicho, en San Francisco. El lloriqueo se producía cuando le decían que había venido al mundo “en una caja de cartón”, pues así fue como había hecho su primer viaje a Minnesota desde California, recién nacido. Él lo último que quería era haber venido al mundo en una caja de cartón. ¡Buáaaa! Claro que en seguida le decían que era broma, lo cual no quitaba para que tuviera mi menda guardada en reserva una poderosa arma contra mi hermano mayor, un último y demoledor recurso.

Las calles de San Francisco tampoco resultaron estar pavimentadas en oro para Olin, “Bud” (capullo), apodo por el que los amigos lo conocían. Bueno, aclararé que *Bud* y *Buddy* son allá apelativos tan corrientes como *Sonny* o *Jack*, y el que te llamen capullo en inglés no

implica que seas de verdad un capullo. ¡Qué va!

Nueva tanda de trabajos diversos —por un tiempo trabajó en la morgue, turno de noche— y trapicheos y tejemanajes a su vuelta a las *Twin Cities* de Minneapolis y Saint Paul. Disputas de aúpa con su papá. Un negocio de letreros de plástico fosforescente, alcohol, mucho alcohol —ambos cónyuges—, un segundo hijo sietemesino —yo— y zurdo como el primero. También anfetaminas y todo lo que se pusiera delante. Un trabajo para la multinacional Honeywell Co., supongo que por enchufe paterno; dos internamientos en el psiquiátrico, también por enchufe paterno, y esta vez sin ninguna duda, pues cuando *El Jefe* lo decretaba y exigía... Los dos chiquitines vivimos unas temporadas con la abuela materna y, en una ocasión, con el abuelo, en su mansión de Riverside Drive, de la cual ocasión no guardo ningún recuerdo, por lo menos grato. Dice Olin G. que los enfermeros loqueros y los mismos doctores del manicomio acababan soltándolo después que él les rapaba los dineros al póquer y el ajedrez. Eso aseguraba.

También estaba convencido de que su padre quería arrebatarle sus dos hijos.

Amistades raras y nada recomendables. Una de ellas era la de un comunista que vivía bajo siete cerrojos y candados —plena era McCarthy— y cuya mayor afición era no devolver libros a las bibliotecas. Si exceptuamos la cocina, su casa toda era una biblioteca de estanterías y pasillos de libros, la mayoría, si no todos, robados.

A veces hacíamos escapadas a la naturaleza. Mi padre nos llevaba a pescar y trasnochar en tiendas de campaña y comer *marshmallows* (azúcar de algodón compactado o merengue blando, que los españoles traducen por *malvavisco* sin hacerse idea cabal de lo que pueda ser, *mmmh*, rico, rico, rico) asados al fuego, los *catfish* que pescábamos, y *wieners* o hotdogs, pero con costrita negra —igual que los *marshmallows*— del hollín del fuego, los cuales nos zampábamos al fulgor de la hoguera entre risas y cuentos de miedo para espantar la negrura del bosque y sus temibles habitantes, a orillas de alguno de los diez mil lagos del estado, en plena floresta virgen.

En verano asistíamos también a campamentos de verano, mi hermano y yo. No sé si eran de los Boy Scouts o no, ni me preocupa a estas alturas. Desde luego les dábamos un respiro de tanto crío a *Daddy* y a *Mommy*, y estaba chulo, muy chulo eso de vivir las 24 horas del día inmerso en la naturaleza. Teníamos lecciones de natación, de supervivencia, y hasta de pegar tiros con fusiles del ejército, evento y ejercicio que mi memoria de tío machote ha guardado grabado hasta en sus detalles más insignificantes.

De vuelta a casa, y reintegrados al entorno ciudadano de Minneapolis, el padre nos apuntó a los dos niños a clases de boxeo en el parque. Si algún papá me lee, que sepa que lo desaconsejo en cuerpo y en alma, sobre todo en cuerpo. ¡Si tendría yo seis años a lo más! ¡Y qué palizas, madre!

Mi madre murió al poco de cumplir yo los cinco años. De todos aquellos follones al diablo le pregunten, pues prácticamente he conseguido borrar los siete primeros años de mi vida, salvo retazos, secuencias y escenas gráficas, como las películas de la Hammer en la tele la noche de los viernes y los sábados, supuestamente de miedo, pero que eran para partirse de risa, y sería inútil que me preguntarais cómo se me “rasó la tábula”, ni si fue para bien o para mal.

Mis padres se habían separado y, casi seguro, divorciado. Ella se juntó con un hombre de color, detalle que no nos hizo ni a mi hermano ni a mí racistas. No tendría yo ni que mencionarlo, salvo que es uno de los pocos hechos que recuerdo. Bueno, que recuerdo a mi padre decir cada vez que nosotros le rogábamos, con el paso del tiempo, que nos aclarara aquellos nublos. Ella tomó una escopeta de caza y se apuntó al corazón. Me llevaron al velatorio: miles de flores, mi madre una estatua de mármol, pálida pero toda maquillada, manos sobre el pecho con flor. No lo recomiendo, amigos lectores: esos velatorios americanos son la reoca. Evelyn Waugh lo retrata de maravilla en *The Loved One*.

No sé a ciencia cierta si mi padre había conseguido, por enchufe paterno, la custodia de los hijos —ésa era su versión oficial—, o que nosotros estuviéramos viviendo con alguno de

los abuelos. Lo que sí sé es que mi abuela materna le confesó una vez a mi primera esposa que su hija, o sea, mi madre —¡qué lío!— ya estaba decididamente alcoholizada por aquel entonces. No parecía, sin embargo, que la abuela le echara la culpa a mi padre. O tal vez yo no quise captar reproches, si los hubo. A lo mejor, con el paso de los años —más de treinta—, había logrado perdonarlo.

Dos anécdotas sí os voy a relatar de aquella infancia lejana, para que no decaiga el ánimo. Acabábamos de mudarnos a nuestra tercera casa en Minneapolis. Hace tiempo que perdí la cuenta de los hogares que he tenido en mi vida, seguro que más de veinte. Era ésta una mansión vieja, grande y destartalada, con un ático lleno de ardillas. Lejos de espantarlas las animábamos a compartir nuestro hogar trayéndoles comida y pasando buenos ratos con ellas. Pero no iban por ahí los tiros, pues la ardilla, tan esquiva ella, no es animal que se preste a anécdotas. Comenzó el colegio. Las dos primeras mañanas nos acompañó un adulto para que no nos perdiéramos. A la tercera mañana ya me tocó volver a casa por mi cuenta, que estaba a tres manzanas, y éstas perfectamente rectangulares. Pues nada, no encontraba la casa. Desanduve el camino: ahí está la escuela... tan-tan-tan, tres manzanas... ¡y la casa sin aparecer! Así una y otra y otra vez. Horas después la patrulla me encontró llorando a moco tendido. Mi padre ya debió pensar que el abuelo me había secuestrado. Yo por mi parte había estado aplicando métodos de discurrir en lo que vendría a constituir la línea paterna de cavilar o discurrir: que la casa la habían cambiado de sitio... al barrio entero le podéis echar la culpa... a mí no.

Mi hermano se había echado unos amiguetes de reputación muy cuestionable, según rumores. Un amiguillo mío me susurró que hasta los habían visto... ¡dando caladas a un cigarrillo! La perdición. Yo naturalmente quise ver de qué iba aquello de “ser malo”. Para acortar la historia diré que el más inocente, que era yo, acabó pagando el pato. Tomé tres objetos de un supermercado de chucherías y juguetes, a saber: un bote de líquido para hacer burbujas, un tractor que se movía a pilas, y una linterna de tres colores. Ah, sí... no los

pagué. Desde entonces las tiendas venden esas cosas sin las pilas. O a lo mejor también robé las pilas. Bueno, pues, después de hartarme de hacer burbujas por la calle, llego a casa y digo:

—*Mommy*, me voy a dar un baño.

Si eso no era ya cosa de sospechar no sé yo qué os diga. Me encierro en el baño, le doy a los grifos, y me pongo a jugar con mis tesoros, más entretenido que un tonto. El tractor ñec-ñec-ñec rrrrrrr, la linterna alumbrándolo: ¡rojo! ¡blanco! ¡azul!; ¡burbujas, más burbujas! El chorro de agua acallando el ruido del tractor, y yo en la gloria divina.

Pasado un tiempo infinito oigo:

—¿Pero cuánto tiempo vas a estar ahí dentro? —era mi madre.

—¡Ya me falta menos! —gritaba yo chapoteando con la mano el agua de la bañera, que andaba llena y más que llena desde hace rato y probablemente fría también aunque no lo podría asegurar pues ni siquiera me había desvestido de ocupado que andaba. Total, que al final se descubrió el pastel y al día siguiente mi padre, con los juguetes en una mano y conmigo en la otra, me llevó a afrontar la dura realidad ante el dueño de la tienda.

—A ver, ¿dónde está la tienda? —gruñó hecho un basilisco mi padre.

—Por aquí —lloriqueé. Tres manzanas, cinco manzanas, siete. En la dirección opuesta, por supuesto—. M-me parece que me he equivocado.

Pero no funcionó. Viendo que a mi padre no le ganaba en cabezonería nadie, ni siquiera yo, y que si seguíamos alejándonos iba a ser peor, cedí, y ya en la tienda y bajo la infausta mirada del propietario, creí que me moría. ¡Con lo bien que me lo había pasado la noche anterior, jód!

Había en el parquecillo del vecindario un coche viejo que Percy y yo decidimos que estaba abandonado, y con la ayuda de un par de colegas procedimos a buscarle una utilidad, que fue convertirlo en objeto de nuestras atenciones, de cuyo trance no salió muy bien librado. El dueño, averiguadas nuestra señas y plantado ante mi padre, insistió en que de

abandonado nada, y que el estropicio que habíamos hecho con su auto era inconcebible. Pobre *Daddy*, con lo mal que andaba nuestra economía a la sazón.

Andando los años buscaría el modo de aprovechar nuestras buenas mañan en el arte del desguace, como se verá.

¿Tres? ¿Qué han sido *tres* las anécdotas? Pido perdón.

Segundo matrimonio, gestado en algún *singles' bar*. Una calamidad. Madre con hijo cabronazo e imbécil rebotado, mequetrefe, mimado y lo peor: lo bastante mayor que nosotros —me refiero a Percy y a mí— como para hacernos la vida imposible. Mi padre era viajante por esos días, y por si eso no fuera suficiente, andaba consumiendo anfetaminas a todo meter. Peleas con el hermanastro, palizas de la madrastra, regresaba mi padre, y palos a la madrastra. Y vuelta a empezar. Un maldito tiovivo de agravios que a nadie alegraba el corazón. Y yo el más tontico, el último del escalafón, ¡me cachis en los mengues! Resultado final: Madrastra e hijo arrojados a la calle a la nieve de Minnesota en una noche negra que fue luminoso amanecer para mi hermano y para mí. Y fin del cuento. Llamadme insensible o lo que os dé la gana, pero yo esa noche... no sé esos dos, pero yo... ¡fui más feliz que un beato! Y del Percy ¿qué os voy a decir?

Entretanto el doctor, o sea, mi abuelito, se divorció y se casó con su largamente amancebada secretaria. Matrimonio de precisión de relojería fue aquél. Sally, la nueva esposa, una vez que se vio instalada de firme en la familia de la uve doble puede decirse que fue más papista que el Papa, llevando todo el paripé del clan, dejando así al médico las manos libres para rajar a todos los perros que tuviera que rajar allá en los recesos de su laboratorio. Sobreviviría al esposo en más de diez años, y fue a todos los efectos mi verdadera abuela. No así, de seguro, para mi padre, el hijo predilecto, la niña de los ojos, aunque era niño, o más bien hombre ya, de la primera Mrs. o Dr. —pues hasta el título del esposo gustan de adosarse las *yanquisas*— O. H. Waldenstone.

La esposa divorciada, abandonada como un trapo viejo y rota el alma, sólo tiene a su

hijo Olin que la saque algún fin de semana al teatro o a cenar. Murió de pastillas, legando el bulto de sus posesiones al amado y gentil protector primogénito. El testamento se sostiene, inquebrantable, por mucho que los hermanos bregaron, uña y diente, para que se anulara.

El documento en cuestión llevaría, no obstante, una cláusula muy particular: Que los fondos serían administrados, hasta el final, por un comité o *trustee board*, quienes determinarían cuánto había de recibir en cualquier momento dado cada uno de los tres herederos nombrados en el testamento: O. G., y sus dos hijos, Percy y Erik. La razón: que la difunta consideró que era lo mejor para su hijo. ¡Y tanto!

No me extrañaría que esto —el no poder recibir “el mogollón” de un golpe— indujera al menos uno de sus internamientos en el psiquiátrico. Es que no era para menos.

Pero será mejor que me deje de cavilaciones y vuelva a lo que iba. La historia, queramos o no, tiene que continuar.

Nuevamente Olin se casa, por agencia matrimonial esta vez. Si es por nosotros, los chiquillos, o simplemente porque anda salido de madre, eso nunca se sabrá. Su nueva esposa es una viuda, medianamente adinerada, con cuatro retoños. Se cuenta que a su marido le dio el patatús mientras veía béisbol en la tele, escuchaba béisbol por la radio, y hojeaba un periódico con más de lo mismo: béisbol. Un auténtico Homer Simpson.

Olin liquida casa, abrigos de pieles y toda la pesca, y con su nueva familia de ocho miembros, y aparejando cuatro o seis baúles —dos de ellos de libros y discos de jazz— y una tribu de maletas, abandona América para no volver jamás.

Yo llevaba tres meses obligado a ver clases de español por la televisión. Aprendí una palabra, ‘hoy’, a lo mejor porque sonaba a exclamación. Corría la primavera del año 1958 y yo tenía ocho años recién cumpliditos.

Capítulo 2. Cataluña

[TEXTOS II]

Compara la religión con la mirada fija de asombro e incompreensión de tu hijo. A ver en qué se queda.

— — —

Yo tuve una crianza tan laica como es posible tenerla. Mis padres eran protestantes ateos, aunque esto no era ninguna abrumadora obsesión con ellos tampoco. Durante años permanecí desapercibido de que esto fuera una peculiaridad. [...] Cuando finalmente me topé con personas que hablaban de religión, se me despertó la curiosidad. Yo supuse que estaban locos y mis padres confirmaron la hipótesis. Pero en Minnesota los religiosos representan una gran mayoría, [...] y cuando por fin aprendí algo por mi cuenta de nuestro mundo local, pronto decidí que mis padres estaban locos también, y a la edad de dieciséis años había llegado a la conclusión de que todo el mundo estaba como una chota, contándome a mí mismo entre los primeros.

Entonces conocí y me enamoré de la filosofía. ¡Pensar que alguna vez habían existido personas que hablaban rectamente y con sentido común! Si ellos escribieron como yo pensaba entonces yo debía de ser uno de ellos, y durante dos o tres años viví en un torbellino frenético de embrujado estudio y especulación. Pero se desgastó mi entusiasmo. Ellos iban bien encaminados pero, si te lo pensabas un poco, nunca llegaban a ningún lado. En realidad Nietzsche, quien sólo se dedica a destrozar a los demás, tachándolos de locos, tenía más sentido común que ninguno, pero estaba engañado en su propia auto-estimación. Se me pasó el romance aunque seguimos siendo amigos.

Yo iba a conocer un amor intelectual más, el último para mí, y fue con la filosofía y los escritos religiosos de la Iglesia Católica. [...]

* * * * *

En Nueva York nos embarcamos en el transatlántico *S. S. Constitution* con destino Barcelona y que hacía escala en Casablanca, Las Palmas de Gran Canaria y Málaga. Las casi dos semanas de travesía fueron una juerga padre para los seis chiquillos y sin duda la mar de románticas para los recién casados en segundas y terceras nupcias. Sheila llamaremos a nuestra nueva madre. El nombre de la anterior era Doris, si lo queráis saber, y concedo que su hijo a lo mejor no era tan imbécil de rebote como afirmé, aunque a mí me lo pareció desde luego.

Sheila era esbelta, toda una dama, y una sargentona para con sus cuatro hijos, tres niñas y un niño, Bret, el chiquitín. Los llevaba como un palo de tiesos. Se tuvo que enfadar con frecuencia con mi padre por lo extremadamente liberal y permisivo que era hacia nosotros, pero... ¿qué podía ella hacer? ¡Ajo y agua, señora! En sus tratos con nosotros dos era buena —o justa— y respetuosa, y debió de querer bien a mi padre. Yo guardo buenos recuerdos de ella, sobre todo después del calvario que pasé con la anterior. Una nativa de Minnesota ha de tener mucho valor para dejar todo lo americano atrás y lanzarse a lo tonto y a lo loco al viejo mundo, sobre todo a la España de Franco, sin billete de vuelta ni garantía alguna de conseguirlo. Por si esto fuera poco, tenía que velar por sus cuatro polluelos además de los tres chalados con que había decidido unir su destino. Y de castellano, ni papa. Yo creo que estaba convencida de que nuestra estancia por estas raras, peregrinas tierras iba a ser cortita, como una luna de miel en plan algo bestia o qué sé yo, pues ningún americano en sus cabales deja por excesivo tiempo su nido... y total, Barcelona —ahí está el mapa— no está tan lejos de París. Oh lá, lá.

Mas los enigmáticos planes que bullían en la cocorota de Olin no se aproximaban, ni en años luz, a las ideas e ilusiones de esta Sheila, americana del “sexo débil”.

La pobre pronto caería en los anales de la memoria familiar como la “Patitas de gallo”, pues de todas las mujeres que mi padre llevó ante el altar era ella la que contaba con más años.

De los hijos, ninguno era engreído ni criado con mala leche, como en el funesto enlace anterior. Las tres mayores eran, dos de ellas, mayores que yo, y Clare, la tercera, sería de mi edad; y al gracioso de Bret ya lo he mencionado. Es divertido tener hermanillos chicos, aunque sea sólo por un rato, porque siempre están haciendo tonterías. Durante la travesía en barco yo me enamoré de Clare y por unos días no dejaba de lanzar miradas anhelantes y aún lascivas a su litera en nuestro camarote, que era el de los cuatro más pequeñajos. Por desgracia, o mejor dicho por suerte, ella no me reciprocó —¡uy, qué fatiga si llega a pasar algo!— aunque nos llevábamos bien. En fin, pelillos a la mar.

Tal vez Freud tenga algo de razón en sus disquisiciones, pues me asalta, o asaltaba años ha, la imagen de estar espiando a mi madre, la verdadera, en la cama con mi padre, desnuda y felizmente despreocupada, y me atrevería a decir que la libido ya me jugaba pasadas a los cuatro años o así. Traigo esto a colación al considerar la situación de mi padre, escapándose de su némesis paterno a tierras extrañas, tierras franquistas, con dineros edípeos además de otros adicionales de terceras nupcias tras ser viudo de suicidio; dos suicidios casi simultáneos y precisamente de sus dos seres más queridos: Su madre y su amor carnal primero.

Me diréis que hago mal y arruino la historia con estas extrapolaciones, pero yo escribo lo que se me viene a la cabeza, siempre y cuando lo considere pertinente. Si hiero vuestra sensibilidad de público lector, pido clemencia.

La travesía, reitero, fue indescriptiblemente maravillosa. Tristes tiempos los actuales para el viajero. Cruzará mil veces el charco, y disfrutará de los placeres de esta o de aquella orilla, pero esos días en que viajábamos y vivíamos y nos divertíamos de lo lindo a bordo de aquellos transatlánticos de pasajeros, esos, ¡no volverán!: Juegos en cubierta, piscinas, jugar

al escondite, el pilla-pilla, o *cops 'n' robbers*, por los pasillos. ¡Seis niveles o puentes, seis! En una ocasión —vívido recuerdo es éste— asusté a mi hermano, esperándole agazapado tras una esquina... ¡¡¡Bú!!! Y su sorprendente e instantánea respuesta, puro acto reflejo, fue soltarme un bofetón tal que nunca más me he atrevido a repetir la faena. Y más y más memorias fluyen, apasionantes, a mi mente: Mi hermano y yo correteando por todo el transatlántico, asustando a las hermanastras, e hinchándonos de comer mientras medio barco está vomitando por culpa de algún temporal de mar... Cenas, bailes de disfraces, competiciones de mil colores y sabores. Yo gané un “Premio del Capitán” al tronco engrasado, batallando con globo de pellejo de tripa sobre la piscina. Si mal no recuerdo a mi padre le dieron el galardón supremo al mejor disfraz, pero que me maten si me acuerdo cuál era; probablemente de vagabundo, sí, de vagabundo. Que ni pintado, vamos.

En Casablanca fuimos al zoo. Siempre que había un zoo, allí había que ir. Tenían, cosa insólita para todos nosotros, y no de muy buen gusto para sensibilidades occidentales, perros, perros de todas las razas, metidos en jaulas. Y después estaba el cementerio del zoo, con los nombres, y acaso una foto tras un vidrio, de los animales fallecidos. Naturalmente visitamos la cašbah o zoco y vimos y nos codeamos con miles y más miles de musulmanes, todos pululando por ahí con sus enormes, complicados bultos. Y de los incesantes, insufribles acosos de los mendigos no digo nada ni me quiero acordar, que ni al pequeñito Bret lo dejaban en paz.

La fotógrafa era Sheila, siempre Sheila, pues era la única con conciencia plena de turista, no de viajera. Para ella la emoción —si alguna pizca de bueno podía derivarse de aquel infierno— habría de venir luego, en la tranquilidad del hogar en el *suburb*, al mostrar a las atónitas, envidiosas amistades la evidencia gráfica de su exótico y exquisito viaje, su *sojourn abroad*, sin faltar los rollazos en plan ultra-esnob que te suelen largar esas señoronas durante las interminables sesiones de fotos. Puáj.

Las Palmas de Gran Canarias: el ideal de ciudad tropical. En Minnesota, como sabéis,

no tenemos palmeras, así que nuestra llegada al bello puerto isleño aquella mañana fue como entrar, por arte de magia, en una postal. Sé que suena cursi, pero así fue: de postal.

Una vez allí no me acuerdo de lo que pasó, excepto que seguro que mi padre le preguntó a algún guardia que qué se podía ver, y éste o no encontró nada que aconsejarle o no le entendió. El caso es que nos lo pasamos mayormente sentados en las cafeterías al aire libre.

Mirando atrás, precisamente a nuestra brevísima visita a Las Palmas, me doy cuenta de cuántos miles de refrescos y colas nos bebimos mi hermano y yo a lo largo de nuestra infancia: por cada vino, cerveza, o copa del padre (o dos, o tres), y que no fueron pocos ni pocos los ratos sentados en bares... un refresco. Hábito dipsómano de difícil, de imposible erradicación.

De mi primera estancia en Málaga no guardo ni el menor recuerdo, posiblemente por quedar superpuesta por múltiples retornos. Luego, da la curiosa casualidad de que, leyendo a Hemingway, *The Dangerous Summer*, descubro que el *S. S. Constitution*, en que él viajara al año siguiente, o sea, 1959, atracó, no en el puerto de Málaga, sino el de Algeciras. Así que no sé si fiarme más de mi memoria o del libro póstumo del célebre autor, o que los dos hechos sean ciertos: Algeciras para Ernest, Málaga para mí, Erik. Y más pelillos a la mar.

Barcelona. Enooorme. Muelles, taxis, gente, gente, gente. De lo que hablaban ni papa, nada de nada, *res de res*. Y a mi padre por guía, no veas. Nos instalamos en el primer piso, o sea, el *entresol* (o uno de los *entresols*, pues solían venir a pares, como la pareja de la Benemérita), de un hostel en la Plaza Real. Esta maravillosa y vital plaza encuadrada en regios y arcaicos arcos era por aquel entonces un lugar seguro, sanote de visitar y transitar. Sin chorizos navajeros, quiero decir. Hallábase por lo general colmada de palomas, y siempre estaba allí el viejecito del carrito de las golosinas, que además de las chucherías para nosotros los críos vendía alpiste para aquellas aves urbanas. El único verdadero peligro lo constituían las sillas de los cafés, las cuales volaban por los aires al anochecer por iniciativa e impulso de los muchos marineros yanquis, que por esos días aún llevaban los

uniformes blancos con sus circulares gorras, y era cosa de ver, tan borrachos y tan amantes de trifulcas y pendencias. Toda la familia nos pasábamos nuestras buenas horas de entretenido espectáculo asomados a los balcones. Sheila, con todo, no consideraba que aquellos furibundos follones fueran edificantes para unos ojos tan tiernos y cándidos como los nuestros. Después aparecía un jeep con cuatro MPs de color y deshacían el tinglado entre pitidos y cachiporrazos y aquí no ha pasado nada, señores. El hotel estaba justo encima del entonces llamado Tobogán, un restaurante autoservicio. Como se podía comer por los ojos fue siempre el restaurante favorito de los seis hermanitos. De Sheila también, seguro, aunque ella tenía que hacer como que estaba de parte de mi padre en eso de tener que irnos al quinto pino en busca del cuchitril más estrafalario del barrio chino barcelonés y hacerse el lío padre con el menú y con algún camarero, y luego ya ves, te sirven lo mismo o peor, y menos. Y más feo.

Barrio chino. ¿Y dónde porras estaban los chinos? Un buen restaurante chino como alternativa al Tobogán habría estado bien. Pero ni eso.

España no se había americanizado todavía. Quiero decir que no se comía a lo étnico, como ahora. En aquellos días ibas al restaurante y para de contar, y que no era moco de pavo para los nativos. Nada de extravagancias ni extranjerismos: una sopa (de sobre o cubito, si acaso con un hueso blanco de jamón para darle cuerpo y sabor casero), un huevo frito (en singular), patatas (anegadas en aceite refrito), un filetito, una ensalada... lo exótico era que dijeran que el arroz era “a la cubana” o la ensaladilla “rusa”. Y más curioso todavía es... ¡que lo siguen haciendo!

La asignación pecuniaria de los sábados —nuestro *allowance*, o, como suelen llamarlo los jóvenes de hoy: “la paga”— para mi hermano y para mí era de cinco pesetas, uno de esos billetitos verdes. A los hermanastros creo que su madre les asignaba siguiendo una complejísima escala que tenía en cuenta la edad del receptor y las marcas negativas o —más raramente— positivas, por el comportamiento, que el sujeto acumulaba a lo largo de la

semana, deduciendo fracciones de negativos anteriores, todo lo cual llevaba ella bien calculado y apuntado en su libreta al efecto. Lo que sí es seguro es que mi padre hacía todo lo posible por que ella no estrangulara excesivamente a ninguno de ellos en lo económico. De todas formas la Clare —¿o era Bárbara la remilgada?— se sentía lo suficientemente montada en pasta como para despreciar las perras chicas y aún las gordas, a veces (si era sábado o domingo), y se ponía a tirarlas por la calle. Mi hermano mayor Percy bien que sabía ir detrás, remolón, recogiénolas. Pues no era nadie el Percy. Decía:

—Ya está la Bárbara tirando el dinero. Mírala, la chalada —pero en inglés, claro.

Cada mañana barcelonesa, la misma cantilena:

—¿Adónde vamos hoy?

—¡Al zoo, al zoo!

Siempre al zoo. Y ahí íbamos, dos veces por semana como mínimo. También me gustaba pasear con la familia por las Ramblas, sobre todo en la zona medio-alta, la de los animales, y naturalmente alimentar las palomas en la Plaza de Cataluña, que supongo que eran las mismas, o casi, de la Plaza Real.

Después estaba el Pueblo Español, aquel recinto turístico de tanta solera en Montjuich. Yo quería un traje de torero, un traje de luces. De veras que se me metió esa manía. Pero nunca lo vi cumplido, menos mal. ¿Adónde iba yo con eso... a poner el pan barato? En el Pueblo Español vimos, entre otras cosas menos memorables, soplar el vidrio candente y cómo convertían la ardiente masa en piporros, floreros, jirafas u otros chismes cristalinos.

Visitamos el museo arqueológico y el parque de atracciones, claro, que también se hallaban en el mismo monte. Lo uno era para los mayores más bien, pues no había más que trastos antiguos y piedras, al menos para mis jóvenes ojos, y lo otro para los chicos, con tantos caballitos o “*rides*” y algodón de azúcar y bullicio. Una feria vamos. Mas mi padre dijo que una y no más, Santo Tomás, que no habíamos venido a España para estar siempre de feria y jarana. Claro que no lo dijo demasiado en serio. Un museo que agradó por fin a

niños y a mayores fue el que estaba en la puntitica de arriba del monte, mirando hacia el levante, al mar, para la defensa de la ciudad condal, y era enterito de armas: cañones (algunos en su sitio, listos para cargar, casi) modernos y antiguos, de tierra y de navío; todo tipo de pistolas, escopetas y arcabuces; arcos, ballestas (¡que cosa más chula la ballesta!) y flechas, picas y lanzas, maquetas de estrategias y batallas famosas; uniformes de diversos cuerpos y épocas; y lo más estupendo de todo: ¡armaduras! Auténticas armaduras de cuerpo entero, de la cabeza al dedo gordo de los pies. ¡Y qué chiquitillos que eran la mayoría de los hombres en aquellos tiempos! Tenían que ser casi de mi talla, o la de Percy a lo más. ¡Debían pasarlas canutas en el verano! Mientras estas cosas mirábamos el calor ya nos achicharraba a nosotros.

Ningún sábado por la noche de las que estuvimos en Barcelona nos perdimos la Fuente de las Maravillas, con su música y sus potentes haces de luz, como focos antiaéreos, y la esbelta silueta de la *Generalitat* al fondo.

Y luego estaba el pequeño museo Picasso en la calle Moncada, que ya entonces debió de existir gracias, creo, a Sabartés o a Ramón Sitjés, amigos del pintor. ¡Y por qué me hago el sabihondo yo aquí, jolines, si el chavalillo aquél nada sabía de las andanzas catalanas del ilustre malagueño!

De Gaudí no me enteré por aquel entonces salvo que vi la Sagrada Familia, con menos torres pero igual de impresionante que hoy. El Parque Güell debió estar cerrado, o seguro que me habría encantado, con sus casitas de cuentos de hadas y puestos de chucherías y todo eso. Mi padre quedó más que suficientemente maravillado del genio de Gaudí, y lo tuvo en la boca, mentándolo, por años.

Olin G., dentro de ser muy suyo, se convertía al viajar en el perfecto turista cultural que no se puede perder nada. Eso sí (menos mal): sin cámara de fotos. Nos llevaba casi religiosamente a todos los sitios monumentales que las guías turísticas recomiendan. Para unos críos como nosotros resultaba una paliza rayana a veces en lo mortal, pero en el cuerpo

lo llevo, como dicen, y aquí adentro se lo agradezco mucho, mucho. A lo mejor las piernas también.

Llevaríamos un mes en Barcelona cuando mi padre entró dando grandes brinco en el hostel, emocionadísimo que estaba, anunciando que había alquilado un caserío o masía en medio del campo, que se hallaba al sur del entonces pueblerino Mataró, como a tres kilómetros, al que se llegaba primero por un camino para carros tirados por burro y después, torciendo a la izquierda, por un estrecho sendero entre tierras de labrantío. Imaginaos, así como de refilón, el alegrón que le debió de dar a la Sheila la patitas de gallo, la yanquisa. Los niños sin embargo estábamos rebosantes de contento.

El caserón, antes de llegar propiamente a la puerta principal, tenía, como pronto veríamos, una larga tapia que encerraba un deleitoso huerto de árboles frutales todito para nosotros, y ante la fachada principal de la masía, dentro de un parquecillo o área reclusa de verdor, ornaba el acceso a nuestro hogar un vetusto estanque curvilíneo habitado por ranas, renacuajos, salamandras y carpas doradas, sin mengua de frondosa ova y nenúfares, y por supuesto las omnipresentes libélulas, que en inglés se llaman *dragonflies*. A Clare, que no era amante de bichos, le producía puro pánico el paraje. Su madre tampoco se acercó nunca allí, que yo sepa. Naturalmente, no faltó quien se prestase graciosamente a llevar las ranas y otras sabandijas dentro de la casa para que no se perdiera nadie aquellas múltiples maravillas naturales.

Antes de la partida compró Olin un coche... ¡y vaya armatoste de coche que le vendieron! Necesitábamos, estaba claro, un vehículo donde cupiéramos todos, y acabó pagando la desorbitada cantidad de cuarenta mil pesetas por un viejo Citroën negro del '39, techo cuadrado de lona, antiguo taxi barcelonés. El capó del motor abría lateralmente, y la tapa del radiador erguía prepotente en la punta de delante, frecuente surtidor, o géiser, como si de una locomotora se tratase, de vapor de agua. Como está mandado. Se tenía que arrancar las más de las veces y bajo las más adversas circunstancias con una manivela que

se insertaba debajo del parachoques delantero. Pero lo mejor era el interior: conservaba los cristales corredizos que separaran en su tiempo al taxista de los viajeros, así como dos asientos en la parte central que se levantaban del suelo y miraban hacia atrás, en ángulo. Las placas de la matrícula tenían una B y muy pocos números detrás, no más de cuatro desde luego. *Okay*, cinco, a lo mejor.

Una de las clásicas extravagancias de mi padre. En el plazo de un año llegaría a pagar en reparaciones más del doble del coste inicial. Buenoooo... qué digo yo... ¡muchísimo más!

Partimos, pues, a ocupar la masía. Debieron haber invertido algún dinero para hacerla habitable y dejarla bien limpia y todo en orden antes de nuestra llegada, pues no recuerdo ningún *shock* cultural de las melindrosas hermanastras, y ni tan siquiera de Sheila. Bien es cierto que ella pudo disimularlo ante nosotros, sacando fuerzas de flaquezas, como dicen. Mas sobrevivieron todas. El caso es que entre el estanque, los frutales —rondaba el tiempo veraniego, y teníamos fruta y limones en espléndida profusión— y todo el campo que nos rodeaba, los niños estábamos prendados, y mi padre en la gloria Hemingwayiana. No veas cuando descubrimos el sótano, perfecto paraje para futuras exploraciones, el cual escondía cascos de la época de la guerra civil y mil otros artilugios, chismes y cachivaches.

El granjero que vivía con su cuantiosa familia a medio camino de la carretera de carros era como un apéndice postremo de los antiguos siervos de la gleba, que trabajaba para el señor de estas tierras. Él nos hacía los cuidados de jardinería y horticultura y las reparaciones en la masía, con toda abundancia de reverencias, y nos hacía humildes donaciones de tomates, lechuga fresca, etc. Sus niños —algunos de los muchos que tenía— se hicieron compañeros de juego nuestros mientras el padre ayudaba al mío a aprender la lengua, el catalán.

Otra cosa maravillosa que hizo la familia de payeses fue regalarnos un cachorro de una combinación de mixto-lobo con alguna otra raza de menor talla, acaso perro de caza, que se convirtió bien pronto en nuestro íntimo amigo de aventuras y andanzas. Hasta a la escuela

nos habría seguido de no acostumbrarlo a que se quedara en casa. Qué noble y qué inteligente, Tarzán, nuestro Tarzán amado.

Una lechera gorda, y cuando no, el marido flaquísimo, venían en bicicleta, una tina enorme de latón a cada lado de su “burra”, con leche de vaca ordeñada del día. Yo estoy convencido de que ninguno de nosotros se hizo totalmente a esa leche, que había que hervir, y que nunca supo a la leche pasteurizada que antes, como ahora, estábamos hechos a beber. No señor, no me gusta ni recordarla, y eso que la hube de beber por una pila de años. Y la de cabra luego, que tenía un gusto todavía peor.

Gozábamos de pleno acceso a los frutales del huerto, lo mejor de lo cual era el puro placer de trepar a ellos, con Bret, haciendo encabritarse a la madre. La masía, el edificio en sí, era enorme. Mi lugar favorito, claro, era el sótano. Además del casco, que era al estilo alemán, o sea, franquista, y nos servía de juego, aunque mi padre nos decía que tuviéramos cuidado de no lucirlo fuera del recinto, que “era muy peligroso”, encontramos hasta balas; pero nunca pudimos hallar ningún rifle, me cachis, ni siquiera arruinado.

Por los senderos entre sembrados, yendo hacia el este llegábamos zigzagueando, y tras cruzar una carretera y el ferrocarril, a una pedregosa playa donde siempre hacía bastante oleaje. Yo ya sabía nadar, aunque nunca tan bien como mi hermano Percy, que siempre me superó en todo, porque lo habíamos aprendido en los campamentos de verano de Minnesota. Recuerdo incluso el sistema: en la orilla hacíamos un corrillo y nos dábamos las manos, así como en un círculo de seis a ocho niños. Estaba prohibido soltarse, pues el que lo hiciera primero era un gallina. Empezaba una canción, y tararí-tarará dando vueltas y vueltas nos íbamos metiendo en el agua, tararí-tarará hasta que ya no tocábamos fondo y todos salíamos corriendo como mejor pudiéramos fuera del agua. ¡Y ya está! Eso sí: al Tarzán no le hicieron falta esas memeces. Desde el principio él se lanzaba directamente al agua y hala, a coger el palo.

O. G. era generoso de mentalidad pero algo apretado de bolsillo, lo cual explica el

siguiente incidente: decidimos que le podíamos ahorrar un poco de dinerillo haciéndole cigarrillos con las puntas que se iban dejando él y Sheila sin fumar del todo, envolviendo el tabaco en papel de nuestros cuadernos. Así recorrimos los alrededores en busca de colillas, principalmente de ellos dos (por esos días era rara la americana que no fumaba), pero también encontramos succulentas vetas tabaquiles de los cardo-gallina, Ideales con papel amarillo de cebada, del hortelano, y quién sabe, colillas que hasta pudieron datar de la guerra civil; orgullosamente se los presentamos, y él, muy ceremoniosamente, se puso a fumar uno de estos “pitillos” caseros. Como pudo y con muy buenas maneras nos advirtió, empero, que no era demasiado bueno para el fumador aquello, pues se concentraba todo lo más nocivo al final, y que por eso se tiraban. Además, que a cada fumador le gusta un sabor diferente. *C'est la vie*. No nos mencionó lo rancio que se vuelve el tabaco añejo, ni el escozor del humo de papel de libreta, ni que él fumara “rubio”, etc. No sé, la verdad, cómo no reventó de la primera calada.

En septiembre nos apuntó mi padre a la escuela pública de Mataró, un viejo edificio de estilo y muros monacales. Para entonces sólo estábamos Percy y yo con mi padre, pues Sheila, según supe poco después, se había negado a tener su quinto bebé, que resultó ser niña, en España, pues “aquí no había médicos”, según ella. Seguro que ella simplemente quería que todos volviéramos a América. Nunca caló bien a mi padre. Éste cogió tal berrinche con su excusa que la largó rápido para su tierra, con toda su prole. Divorcio por poderes y sanseacabó. Eché mucho de menos a esos cuatro fugaces hermanastros — iniciáticos con nosotros por tierras extrañas— y además tengo en América una hermana a la que nunca he visto, y de quien tengo noticia de que quisiera llegar a conocernos a Percy y a mí.

Con la llegada de las lluvias y el barro empezamos las caminatas a la escuela. En clase, al maestro se le antojó practicar diariamente sus veinte palabras de inglés con nosotros. Las lecciones se impartían rigurosamente en castellano, y en el recreo, que es, como todos

saben, la mejor parte de ir a la escuela, lo que reinaba para entendernos con los compañeros era el catalán. Eso tras la semana inicial de quedarnos los dos hermanos pegados como lapas el uno con el otro contra el protector muro del patio. Luego fue fácil hacer amistades, pues concurrencia no nos faltaba. Y comenzamos a volver caminando a casa con los nuevos amiguitos que vivían en el poblado de Poble Sec, el cual carecía de electricidad y agua corriente, y fuimos aprendiendo catalán infantil. A veces nos llevaba un carretero sobre la paja, o incluso bajo el toldo, de una tartana. ¡Ajá!

Nuestro *Daddy*, O. G., lento pero seguro, fue haciendo progresos en su castellano, la única lengua que se permitía en público, mayormente bajo el tutelaje de su mecánico, que es donde él se pasaba la mayor parte del tiempo en el pueblo, si exceptuamos la taberna. El monstruo, que así llamábamos al coche, estaba siempre en reparación. Dicho cacharro, cargado de años, más su dueño, cargado de vino del Penedés o copitas de coñac, conformaban entrambos la mayor atracción del pueblo. Y no tenía pelos en la lengua, tampoco (el hombre, no el monstruo), pues dicen que el vino hace decir las verdades y lo que sea, aunque sea a lo raro. Cuenta él que un día entró en una tiendecita o colmado, donde tras el mostrador se hallaba una niña joven, a la que le dijo “en su mejor castellano”: — Quiero comprar TÉ —y que la niña se adentró corriendo por las habitaciones interiores y se abrazó desesperada y llorosa a su madre. No sé si sería un chiste que se inventó por puro juego de palabras —muy ocurrente él— o que de verdad pasó, pero él lo contó hasta la tumba, que esa niña creía que un enorme tío estrambótico quería comprarla. Y que su español había sido intachable, naturalmente.

Sus excesos con el alcohol comenzaron a manifestarse en hechos externos, o extraños — creo que para él eran sinónimos—, como cuando, con el monstruo recién sacado de una estancia particularmente extendida con el mecánico, él hizo un giro a la izquierda y la vía, en lugar de calle, resultó ser una escalinata, y no corta ni escasa en desnivel. Frenó, claro, muy al comienzo de la cascada, pero para qué, si ya no le quedaba otro remedio que seguir

bajando hasta el final e irse a patita en busca de la grúa. En otra ocasión (esto, os advierto, no me lo vais a creer, pero yo estaba dentro del vehículo y para qué habría de engañaros), iba conduciendo bastante piripi por las calles de Mataró, y hete ahí que le da un topetazo en un cruce al guardia del pito, y lo lanza contra la esquina de enfrente. Viene el agente, furioso, y tras tres o cuatro intercambios en “español”, más algún que otro taco en catalán sin duda, con este forastero y su espantable carromato, se disculpa y pide perdón por ser tan torpe, que hacía mal en estar ahí en medio, descuidando su trasero. Ya os advertí que no me creeríais.

Era O. G. profundamente apolítico, al igual que arreligioso; ¿Cómo explicarse si no, y muchas veces me lo han preguntado, a un americano tan a gusto y a sus anchas bajo Franco? La verdad es que un americano era muy bien tratado por aquel entonces, no sólo por los municipales, como queda arriba ilustrado, sino también —y muy especialmente— por la Guardia Civil. En todos los años que él estuvo aquí no tuvo ningún percance con ellos, y eso, diréis, es simplemente asombroso. No creo que los tuviera Percy tampoco, y yo sólo una vez, ya con veintitrés años y llevando muy mala pinta, en circunstancias poco halagüeñas, en las postrimerías del Caudillo. Yo no estoy defendiendo el antiguo régimen, ni tan siquiera digo que esto no fuera injusto, pero la cosa era que si tú no te metías en líos, y sobre todo si eras extranjero, hasta te defendían. O. G. tiene un capítulo entero de sus escritos dedicado a Franco, escrito no como alabanza ni como crítica. Bueno, algo de alabanza hay, sí, pero al hombre, no al régimen, y menos aún al fascismo. Simplemente elucubraciones. Es algo curioso que se haya logrado resucitar el prestigio de una institución como la Guardia Civil, tan extremadamente aborrecida antaño por tanta gente, hasta el punto de que hoy se la respeta y quiere, Roldanerías aparte... casi un milagro. Ojalá pudiera pasar en países como los EE.UU. eso de apreciar a las autoridades policiales. Pero no pasará, no. Allá no se respeta nada, tanto menos si es público.

Pero volvamos a nuestra historia. Llegó el día en que el dueño de las tierras y del

caserón decidió subir el alquiler: se acercaba nuevamente la estación turística. Así que nos subimos mi padre, Percy y yo, Tarzán y nuestro gato anaranjado en el monstruo y nos encaminamos al sur, a la verdadera España. Los baúles fueron por ruta distinta, más segura.

Y rápida.

Nuestra odisea merece capítulo aparte.

Capítulo 3. Hacia Almería

[TEXTOS III]

Desde la muerte de Felipe II, famoso por su Armada, si no antes, digamos 1500 más o menos, tras Fernando e Isabel, que fueron los primeros en unir España (claro que en esos días todo el mundo andaba desorganizado), el Estado no tenía ningún poder central y éste, deteriorándose. Desde 1808 estuvieron metidos en continuas guerras civiles. En la Península de Andalucía los bandoleros mantuvieron una romántica y gallarda soberanía sobre las vidas y el dinero desde el desmembramiento de la hegemonía mora, sin oposición, por casi quinientos años. Y generalmente los oficiales del gobierno eran menos honrados que los bandidos y desde luego carecían de su desenvoltura y estilo, fraccionados en diferencias regionales que ocasionalmente desbarataban, casi, su avaricia personal, además de los candidatos a monarcas enfrentados y las muchas ideologías. Todo se perdió. Os acordaréis que España había sido Mister Grande en Europa y en América por algún tiempo, pero en 1898 la armada U.S.A. los aplastó como en una hora, y eso no fue nada divertido. "Pueden disparar a discreción, Gridley".

Los años treinta fueron duros, probablemente con menos prosperidad y definitivamente con menos esperanzas que en ninguna otra parte. Eso no es así hoy.

Bajo la dictadura fascista cientos de millones de turistas extranjeros han viajado y tomado sus vacaciones en España, y no sólo los reporteros hostiles. Los turistas vienen porque es fantástico, el mejor sitio. Esto es así en gran parte por la gente, que es feliz, amistosa, abierta, y libre. Aunque la mayoría de los turistas estaban también preparados para ver y horrorizarse de los amargos resultados de las duras presiones y meteduras de pata del gobierno, así como las medidas represoras de la Iglesia. Seguro que lo tienen escondido en algún lugar. Para cada visitante que tuvo algún incidente por lo menos cien de ellos trajeron problemas consigo, pero no los pudieron hallar en la España bajo Franco.

* * * * *

Milagrosamente logramos atravesar Barcelona de un agonizante tirón, por toda la Diagonal. Pero de ahí a Tarragona nos llevó una semana, a veces achuchando el coche hasta el próximo pueblo, o hacia atrás al anterior, si considerábamos que estaría más cerca; y no era precisamente un seiscientos, como ya sabéis, ni el humor de mi padre era el de un fray Leopoldo. O bien teníamos que adelantarnos unos kilómetros a por agua, o gasolina, o aceite, o las tres cosas, o llamar a la grúa, si es que disponía el pueblo de marras de tal bienaventurado dispositivo.

En Tarragona se tiró el monstruo en la enfermería tres semanas, necesitado, para no variar, de piezas. Mi padre estuvo entusiasmado con la ciudad y su glorioso pasado romano, en el cual había sido mayor y con más habitantes que la ciudad moderna. Aún es endémico del lugar el pánico ante cualquier proyecto de construcción o reestructuración urbana, pues a la primera palada o antes ahí que te vienen los arqueólogos a paralizar las obras por seis meses, si no es que deciden, cuando ya estás a punto de construir tu nueva casita, declarar el lugar patrimonio artístico-histórico nacional. Y está muy bien que hagan eso. Yo hoy estoy escribiendo estas líneas en Granada, enfrente de un solar en el que el ayuntamiento quiere extender su edificio, y no lo hacen porque primero han de venir los arqueólogos de la universidad. Y no lo harán. Y mira que los restos romanos, los enterrados al menos, les dan veinte mil vueltas a las ruinas árabes, a mi humilde modo de ver. De buena gana mi padre se habría comprado unos picos y unas palas y nos hubiera metido a los tres a cavar hoyos en alguna de las muchas explanadas de la ciudad. Menos mal que no le dio muy fuerte por ahí. Además, aunque acaso tuviera más razón que un filósofo, yo sé que no habríamos pasado precisamente desapercibidos, y ni al guardia civil más pro-yanqui le iba a caer bien que nos pusiéramos a expoliar los preciosos patrimonios patrios. Además... habría sido un crimen,

qué caramba. Claro que por aquellos días España era el país que más descuidaba sus tesoros arqueológicos. De penita-pena.

Visitamos las murallas, el teatro, la catedral de fachada trunca y calles adyacentes o barrio gótico; museos, catacumbas con las paredes alineadas de fémures y miles de cráneos paleocristianos (¿habrán cerrado esas catacumbas, que hace siglos que no he oído de ellas?); y bebimos montones de refrescos y comimos en todos los restaurantes con precios asequibles de Tarragona, sin olvidar, naturalmente, los de la zona portuaria, pasando la estación de trenes.

Finalmente, cuando ya iba pareciendo un sueño inalcanzable, nos entregaron el coche y pudimos proseguir la marcha.

Otra semana y llegábamos a Castellón de la Plana, donde sólo tuvimos que sufrir una estancia de tres o cuatro días, sin nada que ver, como no fueran nuestras primeras películas en español. También vimos —la guía turística, o mejor dicho la ciudad, poco más tenía que ofrecer— la típica barraca. Ya ves. O como se dice en Almería: —Y eso... ¿Qué eh lo que eh?

No sé cómo, ni lo sabré nunca, pero el caso es que llegamos a ponernos en Valencia, y desconozco igualmente cuánto tiempo y cuántas paradas nos costó, pero lo hicimos. Digno de mención... sólo Sagunto, que donde haya viejas ruinas allá va mi padre.

Valencia, civilizada ciudad. Dos incidentes: en la primera noche y durante la cena nos desapareció el gato del coche. Me refiero al vivo, al del color de las naranjas del lugar. Por mucho que misimisimos por debajo de las mesas exteriores de los cafés, nada: perdido. Para entonces el coche ya olía bastante mal por dentro, ¡y qué os diré de las pulgas! Seguro que un buen mordisco de la factura de las reparaciones saldría de lo que los mecánicos tuvieron que aguantar, tanto en su piel como en sus narices.

Si Tarzán echó de menos o no a su viejo compañero de fatigas nunca nos lo dijo, siempre tan simpático Tarzán, siempre la lengua fuera, jadeante, y la mirada atenta.

El segundo incidente tuvo que ver con las teorías sociológico/behavioristas de O. G. respecto a beber vino con las comidas. Una vez pedida la cena se le metió en la cabeza que Percy y yo teníamos que tomarnos un pequeño, o medio, vaso de vino tinto. ¡Uggh!

A regañadientes y con mucha cola mezclada, o tragada inmediatamente después, yo lo conseguí pasar, pero mi hermano, con sus diez cabezones años, se negó rotundamente. Ni tras una bofetada afuera, a la puerta del restaurante, cedió. ¡Qué cabreo el de O. G.! A lo mejor el gato vio lo que se repartía y por eso se dio el piro.

La teoría de mi padre de una “vacuna” contra el alcoholismo tenía ciertamente abundantes bases racionales, como gran parte de sus teorías, pero poco respaldo en la experiencia. Los años desvirtuarían totalmente su contención, aunque eso tampoco se puede aducir de nuestro caso, pues ni Percy ni yo fuimos nunca enófilos de manduca.

Hablando de cólera paterna: el epítome de mi padre, lo que los Joyceanos llaman su *epiphany*, para mí lo marcó, no un mimo, un gesto, una sonrisa... Nada de eso. Fue un soberano martillazo que se dio un día en el pulgar. Recuerdo el dónde, el cuándo y su grito, que fue un enfático:

—*Ouch! GOD DAMN!!!*

No tuvo lugar ni en Valencia ni en aquel restaurante el martillazo, obviamente. Lo inserto aquí así como para vindicar a mi hermano nada más. Llamémoslo justicia poética.

¿Lo tendrá todo el mundo... este mismo epítome de su padre? En fin... prosigamos.

En algún misterioso momento del viaje arribamos a Benidorm, y créanlo o no, Benidorm era en 1959 un pueblecito casi, casi normal... ¡de pescadores!

Proseguimos hacia el sur, y pronto... la bella Alicante y sus formidables palmerales. Dos recuerdos significativos, o al menos uno de ellos, aquí. Uno fue una tontería y fue dejar caer globitos llenos de agua sobre los calvos, mi hermano y yo, desde el cuarto piso de la pensión. Un globo tuvo el infortunio de dar en el blanco, jo jo jo. Nos cayó una regañeta gorda del conserje, y a continuación otra más leve del *Daddy*, la peor parte con el conserje

delante, pues en el fondo o le hizo gracia o al menos creyó que no era una fechoría tan descabellada, ja ja ja. Lo peor habría sido tener que ponernos a buscar otra pensión... ¡en Alicante! Ahí es nada.

Me doy cuenta, mirando atrás, de que debió de ser una hazaña encontrar pensiones que aceptaran perros; pero aquellos eran otros tiempos, y de todas formas lo más probable es que lo que hacíamos era que, en cuanto la ocasión la pintaran calva, ji ji ji, nos subíamos a la chita callando a Tarzán de contrabando. Menos mal que no era ladrador cuando no había que serlo; muy noble era él, pero no está de más ser algo somormujo de vez en cuando. Seguro que alguna vez nos libramos... por los pelos. Ju, ju, ju.

La última noche, de tres, en la hermosa ciudad de las palmeras, se trajo O. G. a la pensión a una mujer de un bar de alterne, la Candy, quien se apuntaría a la pandilla en su hégira meridional. Unos años después, no muchos, aprendí que la Candy tenía un novio en una ciudad del norte de España, de donde ella era oriunda, y que quería atraparle en matrimonio mediante el expeditivo método de endosarle una falsa paternidad. Yo supongo, aunque no dispongo realmente de razones para estas suposiciones, excepto que he llegado a cuestionarme seriamente el ochenta por ciento de las fabulosas proezas que mi padre se atribuía, que o bien esto era una trola que mi padre prefería creerse, o que el cronometrado debió andar bastante ajustado. Aunque pensándolo bien, pues por qué no, también pudiera ser cierto.

Así pues, como Cantinflas en *Sube y Baja*: ahora éramos cinco. *Daddy* y Candy a ese lado de los cristales, Percy, Tarzán y mi menda aquí en el de atrás.

Saliendo de Alicante cometimos una garrafal —mejor diría asoladora, pues unas buenas garrafas de agua eran precisamente lo que nos habría echo falta— metedura de pata, o de ruedas, a saber: acometimos la ruta costera, como hiciéramos casi impunemente entre Valencia y Alicante. No así en esta ocasión. Esta carretera entre Alicante y Almería, con Cartagena en algún punto del trayecto, estaba en su mayor parte sin asfaltar y en malísimo

estado, sobre todo en el último trecho, que era mucho trecho maltrecho para tan pachucho coche. Efectivamente: como os habréis figurado, no le sentó nada bien el asunto al monstruo... ni a Candy, ni a los empujantes. Seguro que ni a Tarzán. Muchas veces no nos atrevíamos a detener el vehículo, aunque Tarzán, desazonado, lo pedía, por miedo a que se calara el motor y no volviera a arrancar.

A partir de Mazarrón fue un infierno. En pleno agosto y nosotros deseando avanzar por esas sendas reseca, polvorientas y deshabitadas. Me imagino que en Águilas recibiríamos auxilios, un respiro, miradas atónitas y algunas risitas disimuladas. De alguna forma y no sé por cuál carretera o paraje andaríamos (literalmente, sin duda), debió *Daddy* llegar a la conclusión de que era cuestión de pura supervivencia alcanzar la carretera nacional, partiendo acaso de Mojácar o de Carboneras, y escapar de aquellas polvaredas desérticas e inhóspitas arideces. Me río yo del Granada, o París-Dakar, que al menos se realiza, muy sensatamente, en el mes de enero, y con vehículos un pelín más aptos.

El caso es que entramos en la ciudad de Almería, no por El Alquíán y La Cañada, como sería de esperar, sino por la Cuesta de Las Lomas, de la Carretera nacional 340, llamada “de Granada”.

Si se produjo algún milagro en la vida de Olin Griffin Waldenstone fue precisamente aquí, en la cima de esta cuesta. He leído fragmentos de autobiografías mil veces empezadas, nunca acabadas, de mi padre, eterno seguidor de los pasos del malogrado —si bien no tanto, que peores destinos ha habido y habrá— Hemingway. En este momento, subida a regañadientes, o regañaengranajes y por los pelos la cuesta llamada de las Tres Cepas con el Citroën, y de pronto la curva y el promontorio de Las Lomas, el cementerio aquí, y allí... toda blanca, todo sol, todo mar, estaba Almería. ¡Cuánto diera yo por el perdido párrafo de los escritos olvidados (casi) de mi progenitor en donde él mismo relata el flechazo, la divina revelación, que Almería produjo en su alma.

Llegó, vio, y se quedó.

A veces decía en respuesta al porqué de su existencia almeriense, de su amor a esta ciudad, que había sido el sueño incumplido de su primera esposa, mi madre, de vivir un día en una casita mirando al Mediterráneo. Eso contestaba en ocasiones. Pero era más que eso. Muchísimo más.

Una de las delicias almerienses que primeramente debieron hacer mella en él, sin duda, era el coste de la vida y en particular de las pensiones y de los mecánicos. Seamos realistas. Acaso también Almería le afectó tanto porque se parecía a su paterna Minnesota como el día a la noche, el ecuador a los polos.

Sería a la semana de estar en Almería que Candy dijo:

—Vamos a seguir hasta Málaga... Si tanto te gusta Andalucía... Málaga por lo menos es algo.

—Nanay de la China —replicaría mi padre, en otras palabras de cosecha propia.

Total: algún dinero para retornar a sus orígenes y el regalo de una muñequita negra.

—Fue todo lo que me pidió en el tiempo que estuvimos juntos —declaró digno y satisfecho *Daddy*.

Además un bebé casi garantizado. Adiós, familia mía. Felicidad.

Capítulo 4. Almería 1: La Ciudad Jardín

[TEXTOS IV]

Live forever

Thrills and happiness

Sex mastery

[Vive eternamente

Pasión y felicidad

Maestría sexual]

— — —

Por sexo, sexo, nos referimos a aquello que transpira entre un hombre y una mujer, en edades fértiles y que conduce al nacimiento de una prole. Una actividad primordialmente determinada y dominada por la hembra, para la cual se ve obligada a nominar a un macho adjunto, ninguno de los dos requiriendo experiencia previa alguna. Metes el dinero en la caja y ¡plop! ahí que te salen los juguetonzuelos. Tradicionalmente entre los humanos estos acólitos asistentes mutuos prefieren quedarse rondando, uno alrededor del otro, por veinte años o más, haciéndose la vida imposible y enfrascados en eternas disputas.

— — —

El sexo y más específicamente el sexo por puro placer ha estado largo tiempo impregnado de superstición en una emanación pícaramente encubierta que esconde, pero que a la vez está hasta sobrecargada de, los extraños poderes de la magia. Un misticismo terrible o antinatural que puede subyugar al desaprensivo, y capturar o condenar su alma. [...] —Instintos residuales y sentimientos que nos han sido legados desde las remotas épocas del Rey Salomón, la alquimia y la práctica de la brujería, que aún perduran en las ceremonias del vodú, y que, en un sentido más restringido, se puede aún hallar en las prácticas comunes. Pues incluso hoy en día el número de personas enteramente liberadas de estos presentimientos supersticiosos en el sexo por placer, aunque se confiese a

regañadientes, debe de estar compuesta por una diminuta minoría de la población. En otro lugar hemos descrito ciertos complejos de ansiedad que las prostitutas pueden adquirir mediante el empleo de técnicas aceleradoras de “cortocircuitado” para inducir orgasmos rápidos en sus clientes. Son técnicas que, en la terminología del gremio, tienden a “deshombrar” al macho. Contrastan con su ocasional comportamiento contrario de cálida alegría en la abnegación profesional, ese espíritu de amorosa caridad, cuyo mejor ejemplo se da cuando hace una pausa en los movimientos justo antes de la compleción del ciclo, con el pene del hombre en su punto álgido de estimulación y comenzando el acto reflejo retroactivo que precede a la eyaculación. Dan así a sus clientes, en apariencia, el poder de continuar casi indefinidamente y en arrogante juego de gallo/polla.* (Y ellas a lo mejor ya se imaginan al tío triunfando en la vida y abandonando a la energúmena esposa, madre, o lo que sea).

La experiencia de haber contemplado durante años y a una distancia bien confortable estas escenas que se dan al dos por tres sugiere que tales armas pueden utilizarse en ambas direcciones. Una cándida inocencia parece frecuentemente constituir la armadura más impenetrable, mientras que quedarse frío, como el que no quiere la cosa, puede derrotar a la bruja más astuta en su propio juego, engañada por su fe en un ritual muy dudoso y su consagración a un tipo de juego que no establece límites. Aunque a decir verdad, la única recomendación sensata es evitar meterse a sabiendas en ningún juego de tal índole, pues la inocencia se desgasta.

* *Cocksplay*; *cock* significa tanto gallo como pene (en terminología coloquial). N.T.

* * * * *

Nuestro periplo había durado tres meses, y andaríamos por el mes de septiembre. Cuán mísera esta memoria mía, apenas una mención de pasada de las calores que debimos pasar durante la travesía con el monstruo, tanto empujar el lentísimo, paralítico coche. O derritiéndonos dentro, con su absorbente negrura, y aquellos Campos de Níjar... Dicen que recordar sabores es difícil; las intemperantes temperaturas, los sudores a mares, también.

De la Pensión Imperial, cerca de la iglesia de San Sebastián en pleno centro de Almería, con su restaurante tan españolísimo —lo mejor: el consomé y los huevos con papas fritas, y el flan, claro—, nos fuimos a vivir a la Ciudad Jardín. Sin duda O. G. estaba todavía acostumbrado a vivir en *casas*, y no se podía hacer a la idea de un piso. Es más, nunca, que yo sepa, vivió en un piso como tal, aunque es posible que su última residencia en la tierra pudiera calificarse de piso. No lo sé porque nunca lo llegué a ver.

En la Ciudad Jardín alquilamos la mitad de un dúplex o casa adosada, perteneciente a una antigua y prestigiosa familia almeriense, quienes eran nuestros vecinos de la otra mitad. Muchos almerienses proclaman que es difícil y erróneo, incluso ridículo, hablar de clases o castas en Almería. Mi opinión siempre ha sido la contraria: en todos lados cuecen habas y hay clases, y en Almería —en cada barrio almeriense— bien que se notan las distinciones. No es un título, ni tan siquiera el dinero, sino ese “algo” que dignifica al clan y lo condena a comportarse como “alguien” y no como “un cualquiera”.

Un miembro de la familia vecina, hijo de nuestro ya anciano arrendador, sería más adelante profesor nuestro de instituto y uno de mis favoritos, por cierto. Hombre de saber omnímodo, casi enciclopédico, sin especialidad concreta si no eran las Ciencias Naturales, nos obligó a memorizar los nombres científicos (latinos) de varios centenares de animales, y a mí eso me encantó. —*¡Loligo* o no *loligo*? ¡El calamar! —Fuente era éste de sus mejores

chascarrillos, lo cual podría explicar por qué lo hacía con tanto denuedo. Era profe de sustituciones para prácticamente cualquier asignatura, a lo que hay que añadir sus obligaciones como jefe de estudios, y tenía un humor a prueba de bomba. Todos reíamos sus gracias, cuanto más porque era un t-tanti-t-to t-tarta-tamudo. Estábamos a lo mejor haciendo el follón nuestro de cada día en el aula porque se demoraba o no se había presentado algún profesor, y asomaba su simpática cara por la puerta y decía muy arteramente:

—*¡P-pi-piano!*

—No, si piano no tenemos, pero si quiere le tocamos la armónica —¿Acaso no teníamos suficiente con el latín —el suyo y el otro más feote de doña Úrsula “la Agamenón”— y el francés y luego el griego que lo daba también la Agamenón, tan chocha ella, para encima tener que saber italiano?

La segunda cosa que nos agenciamos en nuestra nueva casa fue una vieja y regañona chacha, que en el fondo, a pesar de decir odiar todo tipo de animales, todo bicho viviente —bien pronto contábamos con un par de gatitos para hacer rabiar a Tarzán— y estar convencida de que todos los niños eran unos diablos, nos quería mucho, tenía gran paciencia, y nosotros estábamos contentos con ella. Ella nos libraba a Percy y a mí de cocinar y de hacer los suelos, que ya es decir. La verdad es que teníamos que hacerle más caso a ella que al *Daddy*. Tenía unas energías que rozaban en lo sobrehumano, y gozaba del don de la ubicuidad, o sea, que estaba en todos los lados a la vez. Yo diría que sus chillidos eran de amor.

El Citroën fue a parar a manos de un ciudad-jardinero aficionado a las antiguallas, que pagó 500 pesetas por él, y como haciéndole un favor al americano. Si aún existe, restaurado y con motor nuevo, debe de ser una alhaja. De todas formas nos alegramos todos de perderlo de vista, y en aquella Almería de poco servía un auto, y ése menos.

Así que O. G. y Percy y Erik nos hallábamos instalados en Almería. El mejunje de mal catalán y peor castellano, inconvenientemente sazonado de tes y des y erres inglesas, que era

lo que chapurrearíamos Percy y yo, atrajo la inmediata curiosidad de los chicos locales. Era vuelta a empezar. Y los niños de la Ciudad Jardín sí que se reían de nuestro mal acento.

Aquellas películas de la Hammer, de terror, contadas en corrillo tal y como hiciéramos en las acampadas con mi padre, pero ahora rodeados de chiquillos almerienses, nos granjearon amistades hambrientas de emociones inusuales y afianzaban nuestro dominio de la lengua.

Nos apuntó el padre a la escuela que había en pleno centro de la barriada, un amplio edificio de una sola planta en su mayor parte, con su placeta central en el interior y otra plaza, pública, delante de la fachada. Esta escuela luego se convertiría en el mercado central, “la plaza”, de la Ciudad Jardín.

En los nueve meses que estuvimos correteando por estos andurriales llegamos ambos a hablar un excelente andaluz. Mi padre, por su parte, aunque podría prácticamente recitar el diccionario, tenía un español que caritativamente podríamos calificar de esperpéntico.

Pronto este idioma se convirtió en algo tan integral de nuestras vidas que fue el vehículo favorito de comunicación entre Percy y el que escribe, y tan cómodo se nos hizo el castellano que en un par de años preferíamos contestar al inglés del padre en español, salvo cuando él andaba de berrinches, o cuando necesitábamos sonsacarle algún favor (dinero), pues entonces convenía mantener todo el diálogo en la lengua de Shakespeare.

Por aquel entonces esta distinguida mini-ciudad elitista, de abogados y médicos, aunque muy florida, mostraba un decidido predominio del color rojo arcilla, gracias a los muelles francés y inglés —diseñado éste y no el otro, según dicen, por Eiffel—, a los que llegaban los trenes para descargar en los buques el mineral de hierro procedente de Alquife o de las sierras de Gádor. La brisa marina se encargaba de depositar un respetable porcentaje de este tizne rojizo en las mansiones de la Ciudad Jardín. Los muelles, atalayas de un pasado almeriense preturístico, seguían allí la última vez que estuve, y uno de ellos al menos en uso, habiendo sido recubiertos por techumbres los vagones del tren y los mismos raíles durante el

tramo principal. Pero su función primordial ahora es servir de muro o dique de contención a las arenas playeras, que largo tiempo ha habrían desaparecido, junto con las casas que se alzan junto a estas playas —más de una casa he visto tragada por el agua en el Zapillo—, debido a las mareas y corrientes del golfo de Almería, a no ser por la ingeniería humana. Quién sabe... hay quien opina que habría sido preferible.

Nosotros vivíamos a dos tiros de honda de la playa y pudimos aprovechar un mesecillo de ella.

Pronto nos mezclamos con los “hijos de papá” del área. Formábamos después de la escuela guerrillas, pues nos íbamos a los bancales y acequias que había justo detrás de nuestra casa, que entonces era la última de la Ciudad Jardín por el nordeste, en la calle Chile. Éramos nosotros, los civilizados, contra las inmundas castas inferiores, los incurables gamberros agitanados del Tagarete, y en medio de los dos quedaba declarada una tierra de nadie. No usábamos precisamente bolas de nieve, no, como ocurría en mi tierna infancia de Minnesota, sino piedras, que nosotros llamábamos loscos (“*lojcoh*”). Esta sutil diferencia demostró ser más respetable de lo que a simple vista pudiera parecer, y desde esos días de guerrillas creo que he sido un poco cobardica para el dolor físico, pues no me seducía la idea de convertirme en una baja del pelotón, que casi siempre las había, cayendo descalabrado de un loscazo.

Con el tiempo Percy y yo empezamos a hacer más migas con los del Tagarete que con los ciudad-jardineros, muchos de estos últimos futuros “opositarios”.

Mi padre, *el Americano*, trató de trabar amistad con algunos de estos dignos, gentiles aborígenes, aunque no con excesivo entusiasmo, y su fortuna fue entre muy menguada y nula, debido en parte sin duda a un hábito que pronto desarrollaría y al que me referiré tras unos apartes. Tampoco cabe descontar, entre otros factores, el hecho de que muchos de los dichos indígenas eran médicos, como el abuelo.

En mi décimo cumpleaños, comprada la tarta, la cual colocamos en la mesa del salón ya

primorosamente decorada para la ocasión con servilletitas tontas y tal, (¿es posible que no tuviéramos frigorífico?), nos fuimos los tres a la segunda y última corrida de toros que he presenciado en mi vida. La primera había sido en Barcelona, para fausto de Sheila —que así ya se podía parangonar a la Eva Gardner— y horror de sus niñitas. ¿Cómo iba Sheila a contar a sus amistades que había estado en España no había ido al *Bullfighting*? ¿En qué cabeza cabe eso? ¿En qué se iba a apoyar luego para despotricar sobre lo salvajes que son los españoles? No, no, había que ir. ¡Ningún americano se lo puede perder!

¡Vaya regalo de cumpleaños! El hecho de que hubiese deseado de chiquitillo tener un traje de torero no significaba que me tuviera que gustar la fiesta nacional. Estuvimos sudando al sol, y ¡qué tostonazo! Mi padre filosofaba que los españoles, al preferir pagar más por sentarse en los tendidos de sombra, “pagan por lo que no es”. También yo habría preferido lo que no es. Y no, desde luego que no aceptamos ningún chorrito de su bota. A ver cuando acaba el show este, nos preguntábamos.

Al regresar a casa descubrimos que nuestros graciosos amiguetes habían retirado hábilmente el cristal de una ventana del salón, se habían colado dentro, sustraído un álbum de cromos mío de *Los Diez Mandamientos*, comido las guindas del pastel, y vuelto a colocar y clavetear la ventana. Así habló mi padre:

—¡Cabrones hijos de médicos! ¡*Bastards!*

Tenía buen humor *Daddy*. Reía mucho, y después de codearse un tiempo con los clientes de las tabernas de Almería aprendió que la mejor manera de congraciarse con alguien en este país era contando chistes, siempre que los chistes fueran malos y verdes. Estos chistes tienen la ventaja añadida de que por lo general son traducibles. Así que empezó a practicar a contarlos con sus hijos. Creo que fue bastante frustrante la experiencia, pero al menos nosotros aprendimos todo lo que hay que aprender sobre el sexo mediante las explicaciones que nos tenía que dar al final de cada chiste. Llegó a tener un repertorio como de veinte. Durante diez años estuvo contando los mismos veinte condenados chistes. Estaba

aquél del marido que llega a casa y la mujer tiene que esconder al amante en el armario, arriba en la repisa de barrotes para los sombreros, y le quedan las bolillas colgando. El marido, con un zapato, le pregunta a la mujer: ¿Y esto qué es? Pues, unos cascabeles que me han regalado. ¿A ver? ¡Paf! Un zapatazo. ¡No suenan! Es que hay que darle más fuerte. Así que muchos ¡paf! y ¡paf, paf! y ¡paf, paf, paf! venga zapatazos, hasta que se oye, *Oh shit, ding-dong!* y entonces era cuando había que reírse. Percy y yo bien pronto sustituíamos mentalmente el zapato por un martillo y el final por *Ouch! GOD DAMN!!! ...ding- dong*, mucho más enfático y visualmente vigoroso y echábamos un par de carcajadas genuinas mientras intercambiábamos miradas de complicidad.

Para entonces Percy y yo ya nos fumábamos algún cigarrillo que otro, pues recuerdo que cuando carecíamos de los veinte céntimos para un Peninsular, o treinta para un Celtas corto, nos íbamos a los cañaverales que bordeaban las acequias a fumar las yemas secas de las cañas. Se arrancan, se pelan un poco, se le corta la punta dura (de donde salen las raíces) y un poco de la otra punta de arriba, de las hojas, más delgada, de donde se chupa; pero primero hay que dar unos bufidos hacia afuera con fuerza para expulsar todo el polvo y la tierrecilla que puedas. Se enciende y ya está. Claro que está malísimo el purete... qué mal gusto y cómo quema la garganta. Luego estaban los cigarrillos de matalahúva, fabricados especialmente para los jóvenes, supongo yo, pero esos nunca me gustaron.

Un entretenimiento mucho más sano y divertido era recoger rabanicos corderos, los cuales crecen debajo de las vinagretas, y son unos como gusanillos entre blancos y transparentes. ¿Quién no ha masticado en su juventud una vinagreta, luego otra, y otra, o paseado con el tallo metido en la boca a lo Bécquer mientras le cuenta alguna proeza a una jovencita? El romántico incurable puede comerse la florecilla amarilla si quiere, pero el niño que es práctico hace lo contrario: se chupa el jugo ácido de todo el tallo verde y tira la flor. ¡Cómo me voy yo a comer una flor, ni que fuera marica! Pero la verdadera delicia está bajo tierra y es el rabanico. Nosotros salíamos a la vega avanzando a lo largo de una acequia, las

mismas acequias en que hacíamos las guerrillas, y ahí donde veías vinagretas creciendo en la margen te ponías a escarbar y en seguida aparecían los dulces tubérculos o rizomas o lo que fuera. Le quitas los pegotes de tierra y a la boca, o a una bolsa para luego zampártelos todos en una sentada. Mucho más ricos que el regaliz de palo... ¡dónde va a parar! ¡Y encima sacas los minerales y otros oligoelementos que proporciona toda esa tierra que te has tragado!

Un recuerdo emocionante que guardo, y con esto retomamos la historia ciudad jardinera, es el de aquella ocasión en que fuimos a pescar al muelle francés. Siempre le entusiasmo pescar a Olin. Estando pues sentados con nuestros volantines pescando, mi hermano sacó, con los auxilios de mi padre, un ser monstruosamente grande y horrible del fondo del mar. Era todo boca, muy negro, lleno de bultos asquerosos y con una piel babosa en lugar de tener escamas como Dios manda.

—Eso, un pejesapo —nos dijo algo envidioso otro pescador que había por ahí, a un padre estupefacto y admirado de su hijo—. Es un pescado muy fino.

Pues anda que si hubiera sido basto, ¿qué pinta habría tenido?

Le teníamos a mi padre un mucho de respeto, un tanto de risa que nos daba por sus cosas, y un toque de miedo por sus prontos y cabreos. Raramente nos pegaba: tenía que haber, al menos en su cabeza, un motivo lo suficientemente gordo, como robarle dinero o mentirle a lo bestia o algo así. Y nosotros no éramos santos precisamente. Su castigo se llevaba a cabo de forma eminentemente ritual, a solas con él en un cuarto aparte, generalmente su dormitorio, y pam, pam, pam, pam en el trasero. Creo que hasta contaba el número de golpes, como ordenaba hacer el Capitán Bligh en la *Bounty*. Lo normal ante conductas inapropiadas era una reducción o retiro provisional de la asignación semanal, la cual andaría, en la Ciudad Jardín y gracias a la competencia, por las 25 pts., es decir, un billete de los morados. La verdad es que creo que fue bastante justo con nosotros en cuanto a castigos, aunque el temor estaba allí, poniendo una cierta distancia entre él y nosotros.

Nos encasquetaba también lecturas de cuentos cortos y novelas en inglés, de los montones que se había traído de América y algunos que comprara en alguno de nuestros viajes a Gibraltar. Percy y yo, cada uno por separado y por turnos, teníamos que relatarle lo que pasaba en las historias una vez leídas. Si no le cogíamos “el punto”, aunque fuera evidente que lo habíamos leído, vuelta al libro. Este ritual ocurría los sábados, antes de recibir la asignación, el dinero. ¡Ogro!

La costumbre que anticipé al lector que había tomado O. G. en la casa de la Ciudad Jardín, y que actuaba de aislante social (según se mire), fue que empezó a traer prostitutas a casa por la noche, tras sus rastreos por las Perchas. He aquí uno de mis muchos padres: tabernario, juerguista con lo más rastroso, y putaño.

Nunca consiguieron robarle nada en sus correrías. Si algún chorizo, o un gitano de los de mala ralea —¡que también los hay excelentes, que conste!— lo intentaba, y no fueron pocos los que lo hicieron, no contaban con un “truco” que él decía tener, y que posiblemente aprendiera en los bosques americanos, o, más probablemente, en las ciudades: ante una navaja abierta y amenazante, lánzate rápido y gritando al tipejo, como si fueras un oso. Con su talla y locura, nunca le falló.

Vino mayo, y una inminente subida en el alquiler, por eso de la proximidad de la casa a la playa. No habría turistas extranjeros en Almería, pero sí los había franquistas. Adiós Ciudad Jardín, allá os las apañéis sin nosotros.